



*Al servicio
de las personas
y las naciones*

**SERIE DOCUMENTOS DE TRABAJO PNUD – DESIGUALDAD NO. 2016/04
AGOSTO 2016**

**SEGREGACIÓN RESIDENCIAL SOCIOECONÓMICA
Y DESIGUALDAD EN LAS CIUDADES CHILENAS**

Alejandra Rasse Figueroa

La Serie de Documento de Trabajo PNUD – Desigualdad recoge contribuciones a la discusión sobre el fenómeno de la desigualdad en Chile, en el marco de la línea de investigación en esta materia impulsada por la oficina de PNUD en Chile. Las expresiones y opiniones contenidas en los artículos pertenecen a los autores y no reflejan la posición oficial de PNUD sobre las materias tratadas.

Segregación residencial socioeconómica y desigualdad en las ciudades chilenas

Alejandra Rasse

Serie Documentos de Trabajo PNUD – Desigualdad No. 2016/04

Agosto 2016

RESUMEN

Tanto en el imaginario común como en la discusión académica, la noción de segregación es asociada habitualmente a las desigualdades sociales. Sin embargo, esta relación no es directa sino que está mediada por la historia particular, los arreglos institucionales y las disposiciones culturales de cada ciudad. Es por ello que en el presente documento se discute la relación entre segregación y desigualdad para el caso de las ciudades chilenas. Para esto se expone, en primer lugar, la relación entre ambos términos, desde una perspectiva conceptual. Luego se discute en torno a los patrones de segregación de estas ciudades, reseñando tanto los factores que están detrás de estas configuraciones, como presentando datos que permiten analizar la segregación de este grupo diverso de ciudades. Por último, haciendo un análisis de los estudios recientes realizados en Chile en torno al tema, se muestran las evidencias de las consecuencias que la segregación tiene, en términos de profundización de la desigualdad. Se concluye que esta segregación tiene en su origen en la desigualdad social, no de forma directa, sino producto de la centralidad del mercado en la asignación del suelo urbano. Asimismo, se evidencia que la homogeneidad social de los sectores habitados por hogares de bajos ingresos, genera una serie de desventajas para quienes las experimentan, profundizando las desigualdades preexistentes.

Alejandra Rasse Figueroa

Escuela de Trabajo Social

Centro de Desarrollo Urbano Sustentable (FONDAP 15110020)

Pontificia Universidad Católica de Chile

arasse@uc.cl

INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de desigualdades sociales, muchas de las imágenes que vienen a nuestra mente corresponden a situaciones urbanas específicas. Recordamos algunos de los barrios que han sido expuestos en los medios de comunicación por situaciones de violencia o tráfico de drogas, o bien, pensamos en las situaciones de privación que se experimentan en asentamientos informales (en el caso chileno, en los campamentos, pero también podrían ser las villas miseria, las favelas o cualquier otra de sus expresiones). También pensamos en lo opuesto: en aquellos barrios residenciales o comerciales exclusivos, en los condominios cerrados para familias de altos ingresos, etc. En este sentido, incluso en el imaginario común, la desigualdad está estrechamente ligada a la segregación residencial. Podría pensarse de forma sencilla que la segregación residencial socioeconómica es un reflejo o manifestación espacial de la desigualdad. Sin embargo, la relación entre ambos fenómenos es más compleja (Sabatini et al., 2010).

Por una parte, es posible contar la desigualdad económica entre los factores que generan segregación residencial. Esta relación que parece tan inmediata, no lo es tanto, ya que está mediada por los arreglos institucionales que regulan el acceso al suelo urbano en cada ciudad (como sugiere Bayón, 2008). Así, en ciudades en que el mercado sea el único agente que ordena el acceso al suelo, la relación será más directa. Sin embargo, en contextos normativos distintos, la relación será mucho más compleja, siendo posible encontrar en la historia ciudades que combinan alta desigualdad y baja segregación. Esto lleva a que no exista una asociación lineal entre los índices de segregación y los de desigualdad en cada ciudad (Wessel, 2000; Sabatini et al., 2010, ver tabla 1), o que por ejemplo, variables económicas relevantes como el crecimiento, no tengan un impacto en la transformación de los patrones de segregación (Groisman, 2010).

Por otra parte, también la propia segregación, mediante distintos mecanismos, produce nuevas desigualdades, que afectan tanto la capacidad de generar ingresos de cada hogar, como su acceso al bienestar en general (Kaztman, 2001; Bayón, 2008; Sabatini y Wormald, 2013). En este sentido, el espacio urbano en sí mismo toma relevancia como agente mediador de la vida social, en la medida en que la conformación de los barrios afecta tanto el potencial contacto con personas diferentes en lo cotidiano, como las oportunidades de vida de las personas (Sampson, 2012).

En la práctica, hay una relación dinámica entre procesos sociales y espaciales, en que el espacio urbano es producido por y, a la vez, productor de desigualdades¹. Estos procesos son, a su vez, mediados por el Estado y los demás actores sociales. En consecuencia, toman una forma única en cada contexto nacional, dependiendo de las políticas sociales y urbanas que se han implementado históricamente, y de las características socioculturales de cada grupo social (Wacquant, 2007; Sabatini et al., 2010).

En este marco, el estudio del vínculo entre procesos sociales y espaciales debe incorporar, desde una perspectiva localizada e histórica, los diversos elementos que quedan envueltos en la relación. El presente documento profundizará en la relación entre segregación residencial socioeconómica y desigualdad para el caso chileno. Para esto, se expondrán primero los elementos conceptuales que permiten comprender la relación entre ambos fenómenos. A continuación, se presentará la situación de segregación residencial socioeconómica de diversas ciudades chilenas, indagando en los factores que han llevado a la conformación de este tipo de patrones espaciales. Luego se explorará a través de datos de diversos estudios empíricos llevados a cabo en ciudades chilenas,

¹ Esta relación dinámica, que se desprende desde los trabajos ya clásicos del Wilson (1987), Massey y Denton (1993) o Jargowsky (1997), es el punto de partida de la dificultad de la medición empírica de las consecuencias de la segregación, en la medida en que ésta es tanto origen como consecuencia de aquellos “efectos” a los que se la quiere asociar. Sampson (2012) lo expresa de forma diferente, con un mayor énfasis espacial, y añadiendo mayor complejidad: los mecanismos barriales que generan desigualdades deben entenderse tanto desde lo local (barrial) como desde la dinámica más amplia (extralocal) de la que el barrio hace parte.

las consecuencias de la segregación en términos de desigualdad. Por último, se presentarán conclusiones sobre el material expuesto.

SEGREGACIÓN RESIDENCIAL SOCIOECONÓMICA

La noción de segregación residencial refiere al *grado en que dos o más grupos viven separados uno del otro, en diferentes partes del entorno urbano* (Massey y Denton, 1988, p.282, traducción propia). Esta definición, si bien es sencilla, permite hacer varias precisiones respecto al concepto. En primer lugar, la segregación se presenta como un fenómeno que se mide en grados. Es muy inusual que un grupo social se encuentre totalmente segregado, totalmente separado de los demás y concentrado en una parte de la ciudad. Más bien, lo que podemos ver es que el nivel de segregación de un grupo es mayor (o menor) respecto al de otro grupo social, en relación al nivel de segregación del mismo grupo en otra ciudad, o bien, respecto a sus propios niveles de segregación en el pasado.

En segundo lugar, el análisis de la segregación refiere al lugar en donde las personas viven, es decir, lo que se analiza es el lugar de residencia. Esto tiene tanto una motivación práctica (usualmente se dispone de los datos de lugar de residencia), como una razón de fondo: si bien las personas no pasan toda su vida en su barrio, de todos modos en él se juega parte importante de la vida de las personas; una proporción importante de personas pasa la mayor parte de su tiempo en el barrio (niños pequeños, adultos mayores, dueñas de casa, entre otros), y para los que salen de él, de todos modos éste se constituye en el punto de origen de su movilidad cotidiana. De este modo, aun cuando el lugar de residencia no constituye la totalidad de la experiencia urbana de las personas, tiene sentido estudiar la segregación residencial, en especial si se puede hacer en conjunto con otros análisis complementarios (segregación escolar, composición social de los espacios públicos, distribución de las oportunidades urbanas, análisis de la movilidad cotidiana, etc.)

Por último, de la definición se desprende que la segregación refiere a la posición de los grupos sociales en el espacio. En este sentido, a diferencia de problemáticas propiamente sociales como la pobreza o la exclusión, la segregación corresponde a un fenómeno espacial, que está referido a categorías sociales (no obstante sus orígenes y consecuencias también se pueden encontrar en el plano de lo social). Generalmente se analiza la segregación racial, étnica o socioeconómica, dependiendo de cuál sea la problemática presente en cada ciudad. Para el caso latinoamericano, el énfasis está puesto en la segregación por grupos socioeconómicos. Este será también el foco de este trabajo.

Cuando hablamos de segregación, las categorías sociales se toman como “dadas”, es decir, son definidas con anterioridad al análisis de su distribución espacial. Sin embargo, ello no implica desconocer que estas categorías son, en la práctica, socialmente construidas, que tienen una historia y cambian en el tiempo, y que pueden ser incluso transformadas y reformuladas producto de la forma en que los grupos habitan el espacio. Asimismo, tampoco se puede desconocer que las características de los grupos sociales definidos (capacidad de pago, estilo de vida, poder o influencia, estigmas) influyen en su distribución en el espacio. En consecuencia, si bien en el análisis de la segregación las categorías sociales son “dadas”, se debe considerar en el análisis el contexto en el cual estas categorías tienen sentido, y las características socioeconómicas y culturales más amplias que pueden ayudar a comprender la distribución espacial de los grupos sociales (Rasse, 2012).

En este sentido, la segregación debe comprenderse como un fenómeno complejo, que refiere en principio a la distribución espacial y composición interna de un territorio respecto de categorías

sociales dadas, pero cuyos orígenes se encuentran en la superposición de diversos procesos sociales y espaciales.

Como resultado de este modo de conceptualizar el fenómeno, no hay una única forma de segregación. Massey y Denton (1988) proponen comprender la segregación desde cinco dimensiones: uniformidad (un grupo puede estar sobre-representado en algunas áreas y sub-representado en otras); exposición (cuan aislado o expuesto está una persona a compartir su barrio con personas de otros grupos); concentración (superficie utilizada por un grupo respecto al total de la ciudad); centralización (nivel de concentración en el centro de la ciudad); y agrupamiento (áreas segregadas contiguas pueden formar un sector mayor de segregación). Más allá de cada dimensión en particular, resulta relevante notar que cada una de estas dimensiones corresponde a un proceso distinto, pero al mismo tiempo, puede ser identificada con la idea de segregación. Esto muestra la complejidad y multiplicidad de formas que puede adoptar el fenómeno, en la medida en que las dimensiones se combinan de una forma distinta en cada ciudad.

Sabatini, Cáceres y Cerda (2001) reelaboran la propuesta de Massey y Denton y generan una versión simplificada y más acorde a la realidad de las ciudades latinoamericanas². De acuerdo a ellos, se pueden identificar tres dimensiones de la segregación. La primera corresponde al grado de concentración espacial de los grupos sociales: un grupo puede estar segregado porque todos o gran parte de sus miembros residen en un mismo sector (sin que necesariamente todos quienes viven ahí pertenezcan a ese grupo). La segunda dimensión corresponde a la homogeneidad social de las áreas de la ciudad: un sector es segregado cuando la mayoría de los habitantes pertenecen a una misma categoría social (no todos los miembros de ese grupo viven en ese sector, pero en ese lugar prácticamente no hay personas de otros grupos). La tercera dimensión que agregan los autores es subjetiva: refiere al prestigio o desprestigio social de las distintas áreas de la ciudad. Así, un territorio puede considerarse segregado porque pesan sobre él estigmas que generan barreras simbólicas respecto del resto de la ciudad.

A estas dimensiones deben agregarse otros elementos que dan forma al fenómeno de la segregación en el territorio. Uno de ellos es la escala del área segregada³. No es lo mismo un pequeño barrio segregado, que toda una zona de la ciudad segregada. El fenómeno en sí cambia con la escala, ya que esta determina el grado de separación efectivo entre los grupos sociales (o dicho de forma más simple: la distancia entre ellos), y de este modo, influye en las consecuencias que la segregación pueda tener en ese territorio.

Un segundo elemento a tomar en cuenta es si la segregación es voluntaria o forzada (Marcuse, 2002). Algunos grupos se auto-segregan en la ciudad. Es el caso, por ejemplo, de los grupos de altos ingresos que deciden vivir en ciertos sectores de la ciudad, lo que en muchos casos se ve favorecido por los desarrollos en transporte (un ejemplo claro de lo anterior es el desarrollo de los suburbios de estratos medios y altos). En estos casos, hay un distanciamiento voluntario de un grupo respecto de los demás, que si bien puede no estar movido por un ánimo exclusionario (por responder a una búsqueda de residir entre iguales más que a un intento de excluir a los diferentes), en la práctica, genera segregación.

El impacto que este tipo de opciones de localización tiene sobre el patrón de segregación de la ciudad depende tanto de la escala en que el grupo se autosegrega como del nivel de permeabilidad de la frontera que plantea en comparación a otros grupos. Respecto de la escala, es distinto si se

² Esta conceptualización ha sido habitualmente utilizada por los investigadores latinoamericanos en temas de segregación residencial, siendo la más comúnmente encontrada en este tipo de trabajos.

³ Para Sabatini, Cáceres y Cerda (2001), la escala resulta tan relevante para la comprensión de la segregación, que no la incorporan como una dimensión, sino que la comprenden como parte integral del fenómeno (transversal a las otras dimensiones).

trata de un grupo pequeño que se concentra en un barrio en particular, que si se trata de un gran segmento poblacional en una amplia zona de la ciudad. Respecto a la permeabilidad, podemos ver que si bien el sector oriente de Santiago es altamente segregado en términos de concentración de grupos de élite, es al mismo tiempo, bastante permeable a los estratos medios, por lo que no llega a ser del todo homogéneo. Por el contrario, los conjuntos cerrados, al corresponder a una tipología orientada a un cierto segmento de hogares, habitualmente promueven la homogeneidad interna. Estos ejemplos muestran en la práctica cómo las dimensiones de la segregación se combinan de forma particular en cada ciudad. Por otra parte, otros grupos se ven forzados a residir en un sector segregado. Es el caso, por ejemplo, de las zonas de homogeneidad social generadas por las políticas de vivienda, en que la mayoría de quienes residen en ellas no tiene capacidad de elegir una localización diferente.

Si bien estos son los más relevantes, existen muchos otros elementos a tomar en cuenta al analizar la segregación, como por ejemplo: el lugar donde ocurre (centro, periferia, sectores suburbanos; características de equipamiento y oportunidades urbanas del sector); el tamaño de los grupos segregados; su poder relativo, entre otros. En este sentido, el análisis de la segregación debe intentar integrar estos elementos en un marco comprensivo más amplio que el patrón espacial identificado, para comprender la relación de estos patrones espaciales con los procesos socioeconómicos y culturales en curso en cada ciudad.

CAUSAS DE LA SEGREGACIÓN

Si bien al hablar de segregación nos referimos a un fenómeno espacial, sus causas están profundamente arraigadas tanto en las características socioculturales como en los arreglos institucionales de cada sociedad. La distribución de los grupos sociales en la ciudad está dada por las formas de acceso de cada grupo social a la ciudad y a las oportunidades urbanas, así como por las preferencias de localización de cada grupo. Si bien podría pensarse que esto está determinado por el ingreso de los hogares, en la práctica depende de la centralidad que el ingreso tenga en cada sociedad en la definición del acceso al bienestar (Barry, 1998), y en la conformación de las identidades de cada grupo. En este sentido, los niveles de segregación residencial socioeconómica no son directamente proporcionales a las desigualdades de ingreso, sino que su relación está mediada tanto por factores socioculturales como por las oportunidades producidas por el Estado, y la forma en que éste plantee la ciudadanía social. Si el mercado se constituye en la única forma de acceso al suelo, entonces la asignación del suelo funcionará como una subasta. De esta manera se generará mayor segregación, ya que los más pobres serán quienes accederán a los suelos menos deseados y más alejados de las oportunidades, con peores servicios y equipamiento (Harvey, 1979). Frente a esto, el Estado puede promover políticas que busquen desacoplar el acceso al suelo urbano respecto del ingreso de los hogares, o bien, puede crear oportunidades segmentadas de inclusión (Bayón, 2008), generando una ciudadanía de segunda clase (Roberts, 2004) y reforzando la desigualdad en los distintos ámbitos de la vida cotidiana de las personas.

Siguiendo a Waquant (2007) “las estructuras y las políticas estatales juegan un papel decisivo en la articulación diferencial de las desigualdades de clase” (p.18). Al analizar los factores tras la segregación residencial socioeconómica, el Estado se vuelve un factor central, en la medida en que define las reglas del juego del acceso al suelo urbano, y genera las políticas que permiten el acceso a la vivienda a los sectores de menores ingresos. Esto quiere decir que se pueden generar normativas urbanas inclusivas o exclusionarias. Asimismo, se puede dar mayor o menor centralidad al mercado como forma de acceso al suelo urbano. De esta forma, el Estado puede amplificar o aminorar el efecto de las desigualdades de ingreso sobre la distribución de los grupos sociales en la ciudad.

Sin embargo, como ya se ha señalado, el Estado y el mercado de suelos no son los únicos factores tras la segregación residencial. También se cuentan factores socioculturales y de estigma. En la elección del lugar de residencia no sólo hay elementos funcionales (de proximidad a los bienes y servicios urbanos), sino otros de tipo simbólico: pertenencia, arraigo, identidad, imaginarios urbanos, etc. Si bien algunos de estos se reflejan en términos de valores de suelo (la exclusividad o el estigma asociado a un barrio), otros funcionan de forma independiente (por ejemplo, el arraigo). Asimismo, las personas no sólo se identifican en términos de su grupo socioeconómico, sino también de acuerdo a otras características: estilos de vida, etapa del ciclo vital, nacionalidad, etc., y pueden escoger su localización de acuerdo a estas variables. En este sentido, aún cuando el Estado genera un marco de acción, éste no es determinante. Los patrones de segregación residencial dependerán también de las características socioculturales de los distintos grupos sociales, de su apertura o cierre a la convivencia con otros diferentes, de su posición de poder respecto a la elección de vivienda y de su capacidad de influir en las reglas del juego. En conclusión, la segregación y el espacio urbano en general, pueden ser vistos como una construcción histórica y política (Wacquant, 2007).

Por último, debe tenerse en cuenta que los patrones de segregación son un resultado emergente de la suma de decisiones individuales de localización de cada hogar en el marco de los arreglos institucionales vigentes. Siguiendo a Schelling (1978), los niveles de segregación a nivel ciudad tienden a ser mayores a las preferencias de segregación de cada grupo. A esto debe agregarse que muchas personas enfrentan restricciones (normativas, económicas, etc.) que les impiden decidir su localización (Sabatini et al., 2012). En este sentido, no debe interpretarse la segregación de una ciudad como “querida” por sus habitantes, ni como inherente a las características socioculturales de su población. Por el contrario, debe entenderse su carácter como relacional, histórico e institucionalmente mediado, lo que la hace susceptible de ser modificada en la medida en que se cambien las condiciones que la han producido.

CONSECUENCIAS DE LA SEGREGACIÓN

La segregación, en tanto fenómeno espacial, no es necesariamente negativa. Por ejemplo, la concentración de migrantes en un barrio puede ayudarlos a desarrollar redes al momento de su llegada a una nueva ciudad, o bien, se pueden generar en el barrio comercios locales en que se vendan los productos de su país de origen⁴. Este tipo de segregación es el que comúnmente se conceptualiza como “enclave”: corresponden a áreas pequeñas o medianas, en que se concentra un grupo social, pero en las que no necesariamente se excluye a otros grupos. Existen enclaves de migrantes, étnicos, productivos (se concentran en una zona ciertas actividades productivas, comercios o servicios de un mismo tipo), etc. También la segregación de las élites muchas veces toma la forma de enclave socioeconómico. En todos estos casos, el enclave presenta una serie de ventajas para quienes lo habitan como: la circulación de información útil para el grupo o la formación de redes con otros que comparten intereses similares entre muchas otras.

Sin embargo, hay un tipo de segregación para la cual se han descrito ampliamente efectos negativos: la formación de grandes zonas homogéneas conformadas por grupos desfavorecidos. De acuerdo a estudios conducidos en diversos contextos nacionales, las personas que viven en zonas homogéneas de pobreza enfrentan una serie de desventajas. Acceden a trabajos de peor calidad, empeora su capacidad de generar ingresos autónomos y se les hace más difícil encontrar empleo (Rosembaum, 1995; Rosembaum et al., 2002; Kaztman y Retamoso, 2005; Arim, 2008;

⁴ Esto es, por ejemplo, lo que tienen en mente los investigadores de la Escuela de Chicago cuando describen el gueto de inmigrantes, o cuando plantean la noción de “áreas naturales” o “regiones morales” (Park, Burgess y McKenzie, 1925).

Molinatti, 2013). Del mismo modo, en estos barrios, existen mayores índices de violencia y crimen (Morenoff et al., 2001). Los niños y jóvenes acceden a establecimientos educacionales de peor calidad, por tanto existen mayores niveles de deserción escolar e inactividad juvenil y, en general, se presentan peores condiciones de desarrollo infantil y juvenil (Rosebaum, 1995; Rosebaum et al., 2002; Kaztman, 1999; Sampson, 2012), e inclusive, mayores índices de mortalidad infantil (Szwarcward et al., 2002). En consecuencia, para una familia de bajos ingresos, residir en un barrio segregado genera nuevas desventajas, que se suman a las que tienen que enfrentar por su falta de recursos. Así, la segregación se convierte en factor de profundización de la desigualdad.

En esta línea, Saraví (2006) señala que habitar un barrio segregado debe ser comprendido como parte de la espiral de desventajas en que se encuentran estas personas. Las familias llegan a un barrio segregado como consecuencia de desventajas que ya experimentan (baja educación, empleo inestable, sólo un ingreso en el hogar, miembros con alguna enfermedad, etc.). Pero una vez ahí, vivir en el barrio desencadena una serie de desventajas más: aumenta la probabilidad de deserción escolar o inactividad de los hijos, dificulta la búsqueda de trabajo, etc.

Existen diversas propuestas conceptuales para comprender cómo es que se producen estos efectos negativos, o dicho de otro modo, cuáles son los mecanismos por los cuales la segregación genera otras problemáticas que pueden profundizar la desigualdad. Un primer grupo de mecanismos puede reunirse bajo la noción de efecto barrio (Sampson et al., 2002). Estos se basan en la idea que residir en un barrio homogéneo genera que la socialización a la que se exponen niños y jóvenes sea acotada a personas de un mismo grupo social (en este caso, a personas de bajos ingresos). Esto reduce la diversidad de opciones de futuro que los niños y jóvenes identifican como posibles, disminuyendo sus posibilidades de movilidad social futura.

Es posible descomponer este tipo de mecanismos en tres (Flores, 2006): efecto pares, modelos de rol y socialización institucional. El efecto pares se refiere a cuando hay una conducta muy común en el grupo de pares de un niño o adolescente y ésta se naturaliza y su adopción se hace más probable. Así, por ejemplo, si en el grupo de pares de un adolescente existen varios jóvenes que han desertado del sistema escolar, se vuelve más probable que el propio adolescente también deserte. Por otra parte, también los modelos de rol a los que están expuestos niños y jóvenes en su contexto barrial serían relevantes. Así, si un niño o joven crece en un entorno barrial y familiar en que no existen personas con educación universitaria, se vuelve menos probable que genere expectativas de continuar con estudios universitarios, y si las tiene, tendrá menos información disponible en su entorno para reconocer las estrategias más adecuadas para lograrlo (ya que nadie en su entorno lo ha hecho). A estos dos mecanismos anteriores se suma el de socialización institucional, que tiene relación con las expectativas que las instituciones traspasan a las personas, mediante la manera en que se relacionan con ellas. De este modo, en barrios desaventajados, las instituciones (a través de educadores, profesionales de la salud, etc.), traspasan a las personas sus expectativas, basadas en lo que conocen del barrio. Así, por ejemplo, si un profesor en un barrio desaventajado piensa que es muy poco probable que sus estudiantes accedan a la educación superior (porque no tendrán suficientes recursos económicos o no tendrán una red de apoyo, etc.), les aconsejará que escojan la otras alternativas (algún tipo de formación técnica, por ejemplo), y los formará potenciando las herramientas para que sean exitosos en ese ámbito. En este sentido, las instituciones también influyen las opciones de las personas y los resultados que finalmente obtienen.

Un segundo grupo de mecanismos puede agruparse en la noción de geografía de oportunidades (Galster y Killen, 1995). Las oportunidades no están distribuidas de igual forma en toda la ciudad. Hay sectores que concentran las oportunidades laborales, educativas, de entretenimiento, etc. Y su localización no es neutra, ya que las personas toman sus decisiones en torno a estas oportunidades, considerando también los tiempos y los costos de transporte, seguridad del viaje,

etc. En este sentido, las personas en sus estrategias de integración no se enfrentan a una estructura de oportunidades, sino a una geografía de oportunidades. En un barrio segregado de bajos ingresos, las oportunidades laborales locales son escasas y no existen oportunidades cercanas de recreación u ofertas educativas de buena calidad. En este caso las personas tienen dos opciones: viajar hacia otras áreas de la ciudad en busca de mejores opciones, o bien, quedarse con las oportunidades locales, aunque no sean tan buenas. Ambas alternativas perjudican a las familias, ya sea en términos de calidad de vida (tiempos y costos de viaje), o en relación a los resultados educativos y de calidad del empleo, entre otros.

A esta geografía objetiva de oportunidades, los mismos autores añaden la noción de geografía subjetiva de oportunidades. El acceso a las oportunidades urbanas rara vez es directo. Más bien, sabemos de las oportunidades porque tomamos conocimiento de ellas a través de algún medio: por nuestros amigos o familiares, por los medios de comunicación social, por las instituciones con las que nos relacionamos, etc. No existe una suerte de “guía de teléfonos” de las oportunidades, sino que nos informamos de ellas de diversas formas. En esto, la red social local (familiares, amigos, barrio, instituciones locales) juegan un rol central. Si las oportunidades existen pero no lo sabemos, no tienen ninguna relevancia para nosotros. Asimismo, las desecharemos si nuestros cercanos nos dicen que son difíciles, de mala calidad o inaccesibles.

En el caso de los barrios segregados en términos de homogeneidad social, las personas que componen la red social local son homogéneas, tienen información muy parecida y, por ende, no hay diversidad de información (en la misma línea de lo que señala Granovetter, 1973). Esto lleva a que las personas tomen conocimiento sólo de un set acotado de oportunidades urbanas, sin poder acceder a la diversidad existente o a mejores oportunidades, que son desconocidas para su grupo. Así, la cercanía o lejanía de las oportunidades (geografía de oportunidades) se ve reforzada por el nivel de conocimiento de la red social local respecto a las oportunidades (geografía subjetiva de oportunidades), reduciendo el set de oportunidades a las que acceden quienes residen en barrios segregados.

Si bien el acceso a nuevas tecnologías podría poner en cuestión el mecanismo recién mencionado, en la práctica, los estudios disponibles muestran que las formas de acceso y uso de tecnologías de comunicación más bien replican el patrón de las actividades que las personas realizan presencialmente. Así, Ureta (2006) muestra como la movilidad o inmovilidad en el territorio se refleja en la proactividad o pasividad en el uso de teléfonos celulares, cuestionando el que éstos generen una apertura real hacia otras realidades en el caso de quienes viven en sectores desaventajados de la ciudad. Asimismo, Ararwal et al. (2009), al igual que Sampson (2012), evidencian que los patrones de acceso a internet se relacionan con los patrones de segregación de la ciudad, y aún más: las formas de uso están mediadas por el efecto pares recién descrito (Ararwal et al., 2009).

Más allá del acceso a tecnologías de comunicación, algunos autores señalan la importancia de los lugares que, siendo distintos al lugar de residencia, resultan relevantes para las personas, porque pasan tiempo significativo en ellos. Un ejemplo de esto es el enfoque de “espacios de actividad”, que complementa la información del barrio de residencia con la información de los otros espacios en que las personas pasan tiempo cotidianamente (por ejemplo la escuela, el trabajo, la residencia del mejor amigo, etc.). Lo anterior evidencia que la composición social de todos estos espacios tiene consecuencias en la trayectoria de vida de las personas (Browning y Soller, 2014).

Un tercer grupo de mecanismos está relacionado con el estigma territorial. La homogeneidad social de los barrios facilita el surgimiento de estigmas territoriales respecto a ellos. De hecho, se señala que iguales condiciones objetivas (por ejemplo, el graffiti) se interpretan de formas distintas, dependiendo del barrio en que se observen (Sampson, 2004, 2009). Estos estigmas, lejos de ser simples etiquetas, generan consecuencias efectivas sobre quienes residen en ellos (Waqquant, 2007) como por ejemplo: se los discrimina en su acceso al empleo o en algunos

servicios (como taxis, colectivos, repartos a domicilio) entre otros.

Finalmente, existen algunos trabajos que vinculan los efectos de la segregación a las capacidades comunitarias (Sampson, 1991, 2004, 2012; Sampson y Raudenbush, 2004; Sampson et al., 1997). En barrios segregados de bajos ingresos habría menor eficacia colectiva. Es decir, las personas tendrían una menor capacidad de defender en conjunto los bienes comunes y las normas que quieren que se respeten en su barrio. Por una parte, en barrios segregados se produce una fragmentación social: frente a la violencia al interior del barrio, y a la constante agresión externa de los estigmas, las personas se desmarcan del resto, aislándose y desconfiando de los demás vecinos (Waquant, 2001, 2007). Esto dificulta las acciones comunitarias como la defensa común de los espacios, ya que las personas no sienten que sus vecinos compartan sus mismas normas o valores. Por otra parte, las personas de menores recursos, al contrario de lo que podría pensarse, tienen mucho que perder: ya han perdido tanto y tantas veces, que no pueden arriesgarse a desperdiciar lo que les queda (Sampson y Raudenbush, 2004). En este sentido, enfrentarse a alguien que está dañando el espacio público de su barrio por ejemplo, se ve como algo muy riesgoso, sobre todo si no se sabe si los demás vecinos respaldarán esta acción.⁵

Frente a la extensa literatura que describe las consecuencias negativas de la segregación residencial, existen trabajos que cuestionan estos resultados. Los cuestionamientos provienen tanto desde lo metodológico, como desde lo conceptual. El principal cuestionamiento metodológico tiene relación con los sesgos de selección que existen en los estudios sobre las consecuencias de la segregación. No se puede saber si las personas que llegan a vivir en sectores segregados tienen iguales características que las que viven en sectores no segregados. En el fondo, no sabemos si las personas llegan a vivir a sectores segregados lo hacen porque tienen empleos precarios, o si tienen empleos precarios porque viven en sectores segregados⁶. Para aminorar este problema, los investigadores se han centrado en los efectos de la segregación sobre niños y jóvenes que han hecho toda su vida en barrios segregados, lo que disminuiría los sesgos.

Adicionalmente, existen investigaciones que han logrado evitar estos problemas. A fines de los noventa, se llevaron a cabo una serie de estudios en torno al programa Gatreux (Rosebaum, 1995; Rosebaum et al., 2002). Este programa buscaba mejorar el acceso a la localización de los hogares de menos recursos (en comparación a la localización de la vivienda pública). El programa tenía una larga lista de espera, por lo que las familias tomaban la primera opción que se les ofrecía, quedando entonces asignados de forma prácticamente aleatoria a barrios homogéneos (socioeconómica y racialmente), o a barrios blancos de clase media. Los resultados de estos estudios señalan que quienes fueron asignados a barrios blancos de clase media obtuvieron mejores resultados educativos y menor desempleo que quienes fueron asignados a barrios homogéneos.

De este modo, si bien la gran mayoría de los estudios adolecen de sesgos de selección, existen investigaciones sin estos problemas que respaldan dichos resultados. En términos conceptuales, los cuestionamientos provienen de diversas fuentes. Por una parte, está el llamado de Waquant

⁵ En principio, esto puede parecer contradictorio con la relevancia que tuvo, por ejemplo, el movimiento de pobladores en Chile. Sin embargo, debe tenerse en mente dos cosas. Por una parte, que estos autores aluden a la fragmentación identitaria producto de la violencia al interior de los barrios, lo que contrasta con la fuerte identidad en torno a la figura del poblador durante los años sesenta y setenta, que por lo demás, se ha ido diluyendo en concordancia con los procesos de individuación y de debilitamiento de las identidades sociales fuertes, entre ellas, la identidad asociada al barrio (Bauman, 2002). Por otra parte, cabe señalar que estos procesos ya han sido explorados en Chile (ver, por ejemplo, Salcedo et al., 2013), y también quedan en evidencia cuando se analiza, por ejemplo, el mapa de los conflictos urbanos, que si bien muestra conflictividad en sectores de menores ingresos, en la práctica está mucho más vacío en los sectores de mayor segregación de hogares de bajos recursos (mapadeconflictos.sitiosur.cl).

⁶ Como ya hemos señalado antes, la segregación es tanto consecuencia de otras desventajas, como productora o profundizadora de desigualdades. Esto complejiza su estudio empírico.

(2007) a no “quedar atrapado por los “efectos de barrio” que no son más que la retraducción espacial de las diferencias económicas” (p.21). En este texto, más que un simple cuestionamiento del término en sí, lo relevante es comprender que las consecuencias de la segregación deben ser analizadas en el contexto de las causas del fenómeno. Esto permite entender los “efectos de barrio” como producciones históricas, dadas por la relación entre el Estado y los grupos sociales. El llamado es, entonces, a vincular las consecuencias de la segregación con las desigualdades en el origen de la misma, entendiendo que los mecanismos espaciales operan sobre una base socioeconómica y cultural. En esta misma línea, Sampson (2012) llama la atención sobre la importancia de no mirar el barrio solo hacia adentro, sino que entender el barrio (o lo local) desde la posición que este encuentra en una estructura urbana más amplia. En este sentido, más que culpar al barrio de las desventajas que enfrentan los vecinos, lo relevante es comprender la existencia de efectos contextuales que afectan a las personas por los lugares en que residen y se desenvuelven, en la medida en que la desigualdad no es un fenómeno abstracto, sino espacialmente situado en barrios que responden a un sistema urbano estratificado.

Existen autores que radicalizan la postura a-espacialista, señalando que el espacio no tiene relevancia en sí mismo como productor de desigualdades, ya que solo reproduce las desigualdades existentes⁷. Sin embargo, esto implica invisibilizar no solo las desventajas funcionales que acarrea la segregación, sino también los efectos simbólicos y socioculturales que tienen el contacto o aislamiento respecto de las personas de otros grupos sociales. Siguiendo a Kaztman (2001) la segregación residencial se une al aislamiento de los pobres urbanos en el trabajo (producto de los procesos de subcontratación) y en la escuela. Este aislamiento social reduce el capital social, el capital comunitario, y el capital ciudadano de los hogares más pobres, en la medida en que vuelve sus redes más homogéneas, reduce su acceso a información y recursos diversos, y en especial, hace que sus problemas no sean vistos ni compartidos por los demás grupos sociales, reduciendo su capacidad de voz e influencia. Si bien todos estos procesos de aislamiento nos remiten a procesos de segmentación social generados por el mercado, y a la desigualdad de acceso y poder entre los distintos grupos sociales, es importante notar que la convivencia espacial con los otros puede aminorar las diferencias, y que por el contrario, el aislamiento social puede ser un factor promotor de problemas de cohesión social.

Por último, desde otro ángulo, Bauder (2002) cuestiona la noción de efecto barrio, ya que sostiene que ésta califica como “disfuncionales” conductas como la inactividad juvenil o el embarazo adolescente (en este sentido, sería un enfoque normativo, planteado desde una visión de lo normal o deseable). En este sentido, señala que “los modelos de efecto barrio solo pueden medir el grado en que el contexto barrial facilita o dificulta la asimilación de las normas dominantes. En este caso, el efecto barrio se explica a través de procesos de asimilación y exclusión cultural, no de disfuncionalidad” (Bauder, 2002, p. 89). Más allá de calificar como normales o anormales los resultados obtenidos por quienes habitan sectores segregados, lo relevante es entender los procesos sociales que se desencadenan en contextos de segregación, y observar en qué medida estos resultados contribuyen a profundizar la desigualdad en el contexto actual.

⁷ Esta postura se evidencia principalmente en los trabajos que enfatizan los efectos de la globalización como un todo, sin detenerse en los espacios locales más que como meros receptores de tendencias que les son exógenas. Pero también se trasluce en la tendencia habitual de las ciencias sociales a investigar desde el individuo, y con variables individuales, entendiendo a los casos como intercambiables (en términos de su lugar de residencia) o escogiéndolos al azar, en lugar de conceptualizarlos como esencialmente situados.

METODOLOGÍA

El presente trabajo se basa en la elaboración de datos secundarios provenientes de diversas fuentes, y en la presentación y análisis de datos terciarios obtenidos de investigaciones llevadas a cabo por diversos equipos investigadores sobre ciudades chilenas. En este sentido, si bien no se exponen datos nuevos, se espera que la reunión de datos de muy diversos tipos permita construir una visión más integral y compleja del fenómeno que la que se logra desarrollar en cada estudio en particular.

La elaboración de datos secundarios corresponde al cálculo del índice de Gini, índices de segregación, y construcción de diversos mapas para un conjunto de ciudades chilenas de diverso tamaño y conformación. Se trabajó con las ciudades de Antofagasta, La Serena-Coquimbo, Gran Valparaíso, Gran Santiago, Talca, Gran Concepción, Temuco-Padre Las Casas, y Puerto Montt. Se buscó escoger un grupo de ciudades diversas en tamaño, en su localización en el territorio nacional (norte, centro y sur; valle y costa) y en su estructura urbana (el grupo contiene ciudades correspondientes a una única comuna, conurbaciones y áreas metropolitanas). Para este set de ciudades se desarrollaron distintos análisis.

Por una parte, se calcularon los índices de segregación tradicionales (Duncan y aislamiento) a diversas escalas para cada ciudad (manzana, zona, distrito, comuna), con los datos censales de 1992 y 2002⁸. El índice de Duncan corresponde a una medida de concentración de un grupo social en la ciudad; genera valores entre 0 y 1, en donde 0 significa ausencia de segregación, y 1 total segregación. El índice de aislamiento corresponde a una medida del potencial contacto entre personas de distintos grupos sociales (de acuerdo a la composición social del área en que residen). En este caso, los índices de segregación fueron calculados tomando como referencia los grupos socioeconómicos D y E, y el grupo ABC1, de acuerdo a un índice de nivel socioeconómico desarrollado con base en las variables de educación y bienes disponibles en el censo, siguiendo la metodología de AIM.⁹

Con base en el mismo índice de nivel socioeconómico, se desarrollaron clusters espaciales a través del método Local Moran, para todas las ciudades en estudio, con los datos del censo 2002. Local Moran funciona como una medida de autocorrelación espacial, que indica si existe correlación entre el valor de una variable en una cierta área espacial, y el valor que toma esta misma variable en las áreas vecinas (entendiendo como vecinas a las que están a una cierta distancia). Específicamente, en este caso se analizó la conformación de clusters de manzanas censales correspondientes a los grupos socioeconómicos D y E, a una distancia de 500 y 2.500 metros.

⁸ Se ha descartado trabajar con el Censo 2012 debido a los fuertes cuestionamientos que este ha enfrentado. Si bien en un inicio éste fue cuestionado por su alta tasa de no respuesta e imputación de datos, en la práctica, la base de datos presenta graves inconsistencias que dificultan el análisis y llevan a descartar más casos que los que originalmente se declaran como perdidos.

⁹ Se ha utilizado un índice socioeconómico dado que los datos del censo chileno no incluyen ingresos. En este contexto, este índice permite estimar el nivel socioeconómico de los hogares con la información socioeconómica disponible y con un alto grado de correlación con los ingresos (al comparar con la encuesta CASEN). Si bien se entiende que si se trabajara con fuentes distintas al censo se podrían generar indicadores más certeros de ingresos, o incorporar variables socioculturales y de estilo de vida para acercarnos mejor a la realidad de los grupos socioeconómicos, se prefiere utilizar la base censal en la medida en que es la única que permite desagregar a escala manzana la información. Otras fuentes permiten realizar estimaciones a nivel comunal, pero esto no permite observar la diversidad/homogeneidad interna de los territorios, que es lo que en último término más interesa al estudio de la segregación.

Asimismo, para el mismo set de ciudades, se calculó el índice de Gini. Para esto, se utilizaron los datos de las encuestas CASEN 1992 y 2003¹⁰ (cerca de los años censales, de forma tal de permitir la comparación entre las tendencias de la segregación, y las de la desigualdad de ingreso). El índice se calculó utilizando los ingresos autónomos de los hogares, y excluyendo los hogares con ingreso 0. Por último, para las ciudades metropolitanas, se confeccionaron mapas de ingresos municipales con base en la información disponible en SINIM.

La búsqueda del set de publicaciones a considerar para la obtención de los datos terciarios se realizó a través de varias vías. En primer lugar, se realizó una búsqueda sobre la temática en las bases de datos de revistas académicas. Luego, se buscaron los trabajos más recientes de los autores para los cuales se registró un mayor número de publicaciones y citas en la búsqueda anterior. Asimismo, se buscó por artículos correspondientes a esta temática en las revistas académicas con indexación ISI, Scielo o Scopus vinculadas a temas urbanos en América Latina. A continuación, se escribió a los programas académicos de posgrado relacionados con estudios urbanos para solicitar las tesis existentes en la temática, o los datos de los tesisistas actualmente trabajando en ello. Del mismo modo, se efectuó la misma solicitud de publicaciones a los centros de estudios relacionados con temáticas urbanas. Finalmente, se buscó la información y datos disponibles en las diversas páginas de observatorios urbanos y territoriales.

Todo el material recolectado fue revisado en detalle para conocer sus resultados y la calidad de sus datos, y de acuerdo a ello, se extrajeron los datos y conclusiones más relevantes en torno a la relación entre segregación y desigualdad para el caso chileno.

FACTORES DETERMINANTES DE LA SEGREGACIÓN EN CIUDADES CHILENAS

De acuerdo a lo encontrado en los relatos de diversos autores, es posible encontrar a fines del siglo XIX y principios del XX los movimientos que dan origen al actual patrón de segregación de nuestras ciudades. En la segunda mitad del siglo XIX se encuentran, por ejemplo, los incipientes procesos de formación de sectores de altos ingresos hacia el oriente y en la zona de el Llano de San Miguel en el caso de la ciudad de Santiago (De Ramón, 1978), y en el Gran Valparaíso, la conformación de Viña del Mar como zona de altos ingresos (Cáceres y Sabatini, 2003).

Por otra parte, y pensando en los detonantes de la formación de sectores de segregación de hogares de bajos ingresos, algunos de los factores más nombrados en el debate académico nacional son las normativas higienistas y la política de vivienda. De Ramón (1978) describe cómo procesos que buscan la mejora de las condiciones de las viviendas obreras en la ciudad de Santiago, guiados por las autoridades locales, llevan en la práctica a la expulsión de las familias más pobres desde el centro sur de Santiago hacia ubicaciones más periféricas, fuera de la “ciudad propia”.

En la misma línea, Hidalgo (2007a) expone cómo la creación de la Ley de Habitaciones Obreras en 1906, generó un movimiento expulsivo de los hogares de menores recursos hacia la periferia de la ciudad. De acuerdo al autor, producto del ánimo higienista de esta normativa, parte importante de los conventillos ubicados en localizaciones céntricas fueron declarados inhabitables y demolidos. Alrededor de dos tercios de las unidades destruidas fueron repuestas en localizaciones periféricas, expulsando a los hogares más pobres hacia las afueras de la ciudad.

¹⁰ La autora agradece al Ministerio de Desarrollo Social, propietario intelectual de la encuesta, haberle permitido disponer de la base de datos. Todos los resultados del estudio son de responsabilidad de la autora y en nada comprometen a dicho Ministerio.

Las normas e institucionalidad posteriores continuaron este movimiento expulsivo. Siguiendo a De Ramón (1990) partir de 1930, se registró un fuerte movimiento de migración campo-ciudad, que dio origen a un importante número de las entonces llamadas “poblaciones callampa”. Frente a esto, se desarrolló desde el gobierno de González Videla (1946-1952) y durante los dos gobiernos siguientes (Ibáñez y Alessandri), un masivo proceso de erradicación de estos pobladores hacia la periferia, aumentando los niveles de segregación de la ciudad (De Ramón, 1990).

A partir de 1964, comienza la llamada “Operación Sitio”, correspondiente a la cesión de lotes urbanizados para la autoconstrucción, incorporando en la solución de vivienda un componente de organización y participación popular. Sin embargo, en términos de localización, los suelos cedidos correspondían a amplios terrenos en el borde de la ciudad, de propiedad pública, o bien, de muy bajo valor, lo que permitía generar un gran número de soluciones habitacionales a bajo costo. En este sentido, esta nueva política mantiene las tendencias segregadoras de los períodos anteriores (De Ramón, 1990).

No obstante el despliegue de la política recién expuesta, la población con vivienda informal sigue aumentando, en la medida en que desde la década de 1950 se produce un paulatino aumento de las tomas de terrenos (De Ramón, 1990). En este contexto, durante la dictadura militar se produce una erradicación sistemática de los asentamientos irregulares ubicados en las comunas de altos ingresos hacia viviendas sociales en sectores periféricos. Producto de esto, nacen comunas conformadas prácticamente en su totalidad por viviendas para hogares de bajos recursos (Cornejo, 2012), siendo un caso icónico de esto la comuna de La Pintana.

En este período, se comienza a implementar una política de vivienda cuyo mecanismo de base continúa en operación hasta hoy: la política de *voucher* o subsidio a la demanda. Esta consiste en otorgar a las familias de bajos ingresos un *voucher* que les permita comprar una vivienda en el mercado privado. Las familias deben acreditar su situación socioeconómica, y las viviendas deben cumplir con ciertos estándares constructivos (que se han vuelto más exigentes con el paso de los años). Esta política, nacida en dictadura, tuvo su más amplia aplicación durante la década de 1990, en que se construyeron miles de unidades de vivienda (Hidalgo, 2007b), lo que permitió disminuir el enorme déficit habitacional existente a inicios de la década.

A pesar del éxito cuantitativo de esta política, diversos autores han evidenciado los problemas sociales y urbanos que ha generado. Además de las críticas relativas a características de la vivienda y habitabilidad (Hidalgo, 2007b), se ha señalado que la erradicación respecto a sus lugares de residencia previos, y la atomización de la demanda –al tratarse básicamente de subsidios asignados de forma individual a cada familia– llevan al desarraigo, a la pérdida de vínculos comunitarios, y con esto, minan el capital social de las familias, recurso fundamental cuando se carece de otro tipo de apoyos (Rodríguez y Wincherter, 2004; Rodríguez y Sugranyes, 2005).

Más allá de esto, también se ha mostrado que la lógica de operación de esta política tiene un efecto de segregación residencial, al estar anclada en el mercado de suelo (Sabatini et al., 2001; Hidalgo, 2004). Si bien el *voucher* permite a las familias acceder al mercado de vivienda, en la práctica, estas familias siguen siendo el uso “peor pagador” del suelo urbano. Los hogares de mayores recursos pueden pagar más, quedándose con las mejores localizaciones de la ciudad (las más accesibles y mejor servidas); las familias más pobres, aun con el subsidio, son las que menos pueden pagar, quedándose con las peores localizaciones de la ciudad.

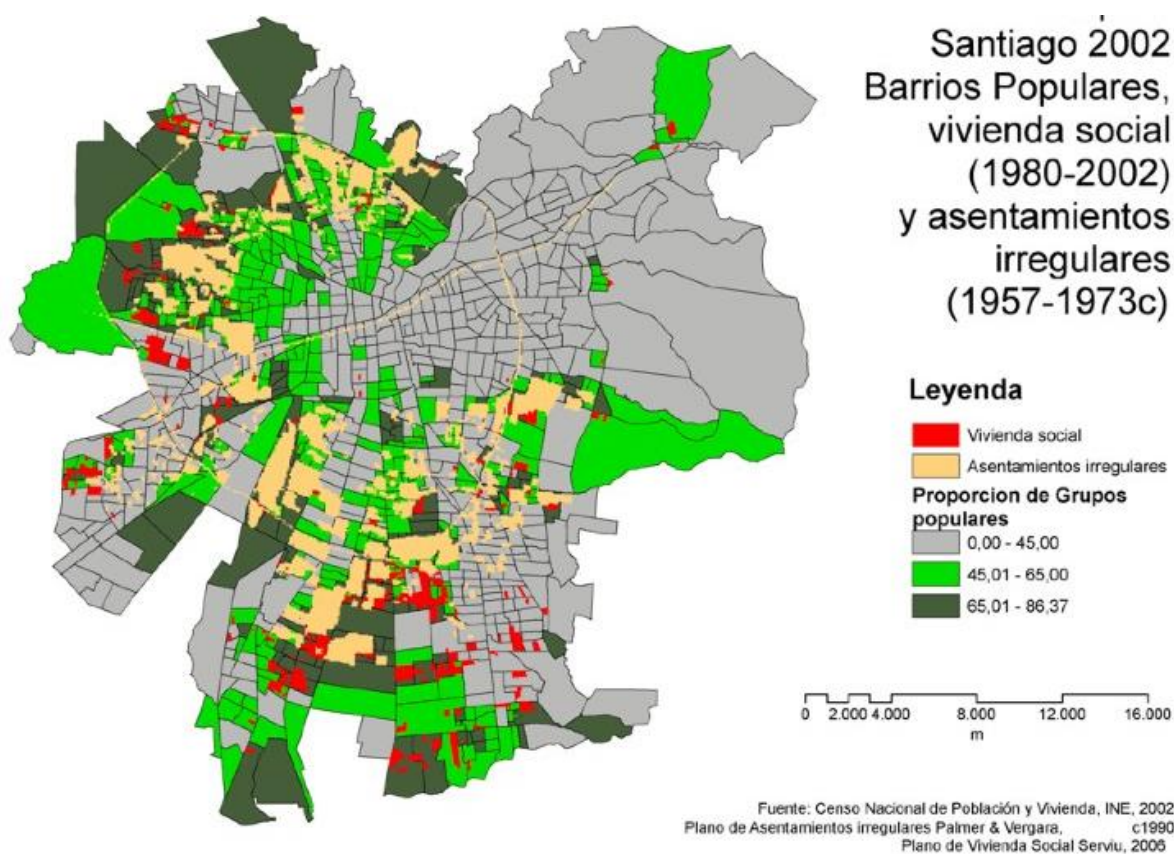
Lo anterior se tradujo en que, durante ese período, los desarrolladores inmobiliarios orientados a este segmento de viviendas compraron amplios paños de suelo en la periferia de la ciudad, con una precaria conexión vial y sin equipamiento urbano, desarrollando en ellos enormes conjuntos de hasta más de 1.000 viviendas. Esto generó el surgimiento de una periferia socialmente homogénea, que no sólo era lejana al centro de la ciudad, sino que tampoco tenía los servicios y

equipamientos necesarios para que las familias pudieran desarrollar en ella su vida cotidiana de manera satisfactoria (Greene y Soler, 2004). Los clusters de homogeneidad social en el sector norte y sur de la ciudad de Santiago se formaron en gran medida producto de la intensiva aplicación de esta política habitacional; de acuerdo a Hidalgo (2007b), más de tres cuartas partes de toda la vivienda social construida entre 1978 y 2002 se concentra solo en 11 de las 34 comunas del Gran Santiago. También las periferias homogéneas de ciudades de menor tamaño se fueron conformando producto de esta política (Azócar et al., 2003; Azócar et al., 2008; Garín et al., 2009).

Ya entrada la década del 2000, se construyen cada vez menos viviendas sociales al interior de las ciudades: el valor del subsidio no alcanza para pagar los precios cada vez más altos del suelo. Esto ha llevado a la expulsión de las familias más pobres afuera de la ciudad, en el periurbano, donde se están formando nuevas áreas de segregación (Hidalgo, 2007b; Zunino e Hidalgo, 2009).

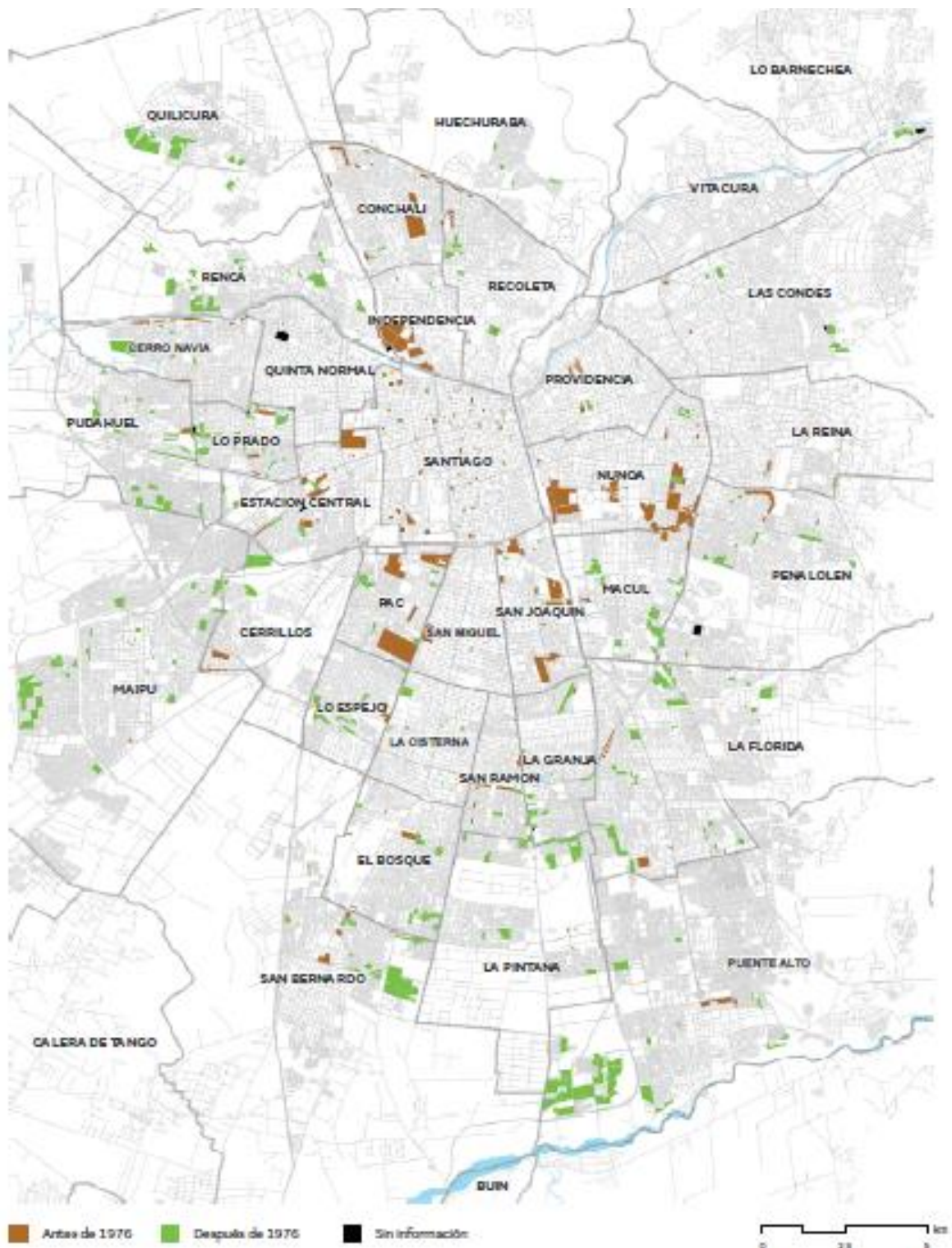
Desde un punto de vista longitudinal, se puede reconocer el movimiento que señala Hidalgo (2007): una continua expulsión de los pobres hacia la periferia, y en la actualidad, directamente fuera de la ciudad. Los sectores populares que aún quedan incluidos al interior de la ciudad corresponden a políticas más antiguas, es decir: hoy en día tienen una buena localización, pero en su origen, estaban situados en la periferia.

Mapa 1: Asentamientos irregulares (1957-1973) y vivienda social (1980-2002) en el Área Metropolitana del Gran Santiago.



Fuente: Proyecto SOC-24 Anillos de Investigación en Ciencias Sociales: Barrios en crisis y barrios exitosos producidos por la política de vivienda social.

Mapa 2: Condominios sociales construidos antes y después de 1976, Área Metropolitana del Gran Santiago.



Fuente: Secretaría ejecutiva desarrollo de barrios, MINVU, 2013

Este movimiento expulsor tiene su raíz en el funcionamiento de los mercados de suelo: nuestra política de vivienda siempre ha funcionado con base en la compra de suelo en el mercado para la construcción de viviendas económicas. En el fondo, más que la política habitacional, es el mercado de suelo el que produce los movimientos de expulsión. Así, dado que la vivienda para los sectores más pobres es siempre el uso que menos puede pagar por el suelo, ha quedado continuamente relegada a las peores localizaciones. Esto ya queda en evidencia en De Ramón (1978) para el caso del Santiago de fines del siglo XIX: la mejora en las condiciones de habitación, en lugar de mejorar las condiciones de vida de los más pobres, sube el valor del suelo y desplaza a quienes ya no pueden pagar. De este modo, en la medida en que el acceso al suelo de los más pobres siga siendo a través del mercado de suelo (sin contemplar mecanismos alternativos), se seguirá generando segregación residencial socioeconómica.

No obstante la importancia de la política de vivienda y, a través de ella, del mercado de suelos en la producción de segregación residencial socioeconómica, también hay elementos de carácter sociocultural y simbólico que deben tomarse en cuenta, en especial, el estigma territorial. Hay zonas o barrios que las personas asocian a delincuencia y crimen (aún cuando esto pueda ser vestigio de tiempos pasados, y ya no sean lugares especialmente peligrosos, como señala Sampson, 2009). Estos imaginarios también pueden influir en las decisiones de localización de las personas.

Sin embargo, la segregación de la ciudad es un proceso que se construye a partir de las decisiones de localización de sus habitantes. Si las personas comienzan a tomar decisiones de localización distintas, el proceso puede ser revertido. Esto puede ocurrir motivado por cambios en la normativa urbana o en las políticas urbanas y de vivienda, en la medida en que se transforma el escenario de incentivos y restricciones que las personas enfrentan al momento de decidir su localización. Del mismo modo, esta se genera por cambios en un plano simbólico o cultural.

Respecto a la influencia de los cambios de política o normativos en el patrón de segregación de la ciudad, existen ejemplos claros. Se pueden realizar normativas o políticas específicas orientadas a dar acceso a familias de menores ingresos a la ciudad como cuotas, desarrollo de vivienda en suelos públicos al interior de la ciudad, normas de excepción para proyectos que incluyan vivienda económica, desarrollo condicionado, entre muchas otras (Sabatini, 2003; Sabatini et al., 2010). Hay zonas de la ciudad que, teniendo precios de suelo relativamente accesibles, se vuelven inaccesibles para la vivienda económica producto de las normativas que los rigen: admiten sólo bajas densidades, en tamaños mínimos de lote demasiado grandes (Sabatini, Cáceres, Sierralta y Robles, 2010). En la práctica, se trata de normativas que van configurando sectores (o incluso comunas) excluyentes. Si bien el suelo es barato, cada vivienda debería comprar mucho suelo, lo que vuelve imposible el desarrollo de vivienda económica. En ese sentido, los cambios normativos pueden promover una mayor diversidad social de las áreas, o por el contrario, volverlas más exclusivas.

También hay políticas urbanas que hacen más atractivos territorios que antes no lo eran, generando interés por residir ahí en familias de estratos medios y altos: autopistas urbanas y redes de metro, desarrollo de equipamiento urbano de alto estándar, entre otros.

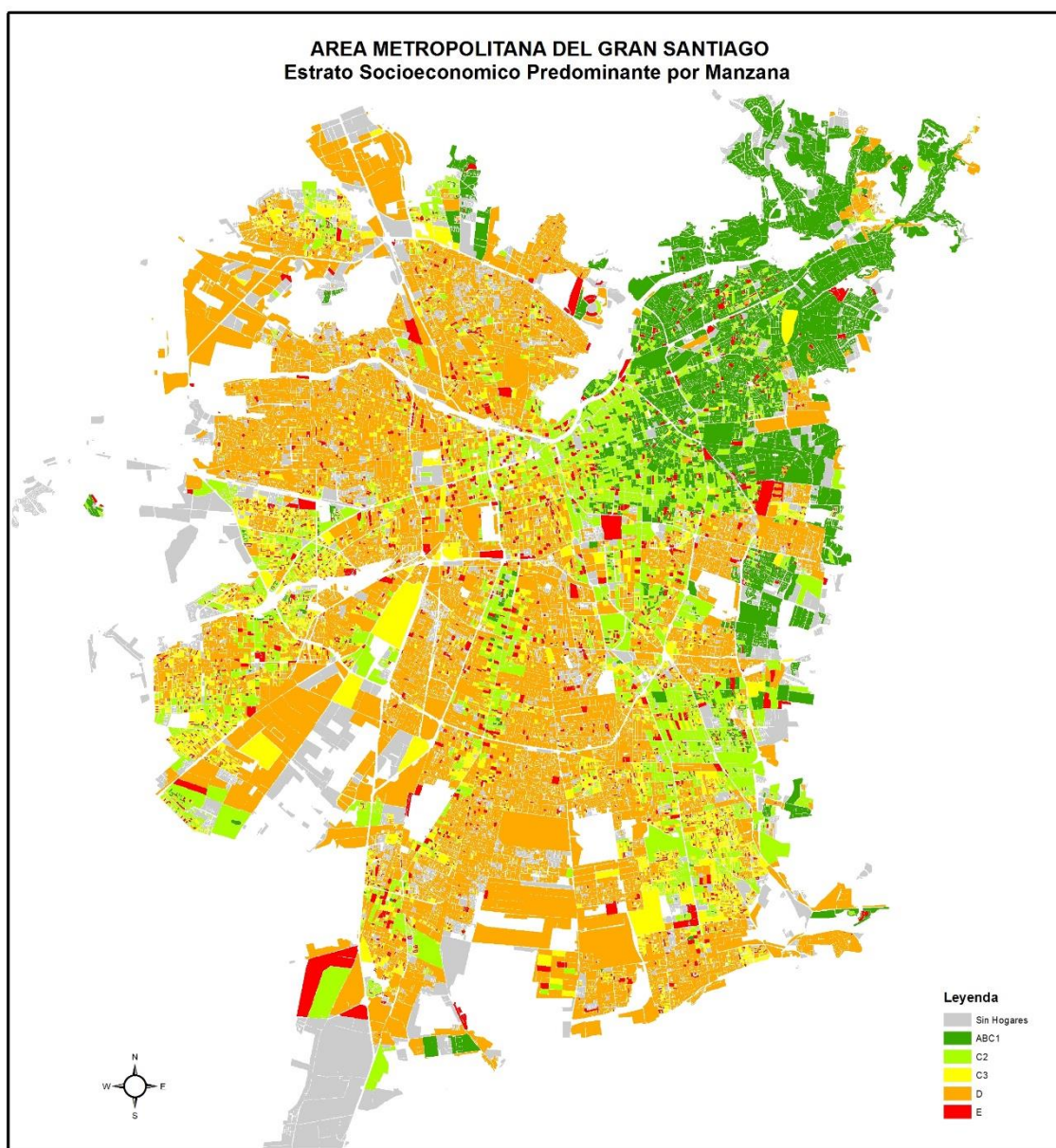
En términos de la influencia de los cambios socioculturales en el cambio del patrón de segregación, es importante entender que la decisión de localización de un hogar incorpora múltiples factores: capacidad de pago y características de la vivienda y el barrio, por una parte, pero también cercanía a familiares y amigos, arraigo, significado social de residir en cierta localización (estigma o estatus, por ejemplo) entre otros (Sabatini et al., 2012; Rasse, 2015; Sabatini et al., 2015). En este sentido, los procesos de movilidad social, o bien, los cambios en los elementos de construcción de identidad social en el contexto de una sociedad más “liquida”, pueden transformar las formas en que los hogares toman decisiones de localización. El surgimiento de barrios cerrados de familias de estratos medios y altos en la periferia de bajos

ingresos es un ejemplo de la transformación en el set de opciones de localización que hoy consideran este grupo de familias. En este sentido, es importante comprender los patrones de segregación como realidades que, siendo durables, son también cambiantes, y que por ende, la ciudad está sujeta a procesos de transformación tanto en lo físico como en lo simbólico.

TENDENCIAS DE LA SEGREGACIÓN EN LAS CIUDADES CHILENAS

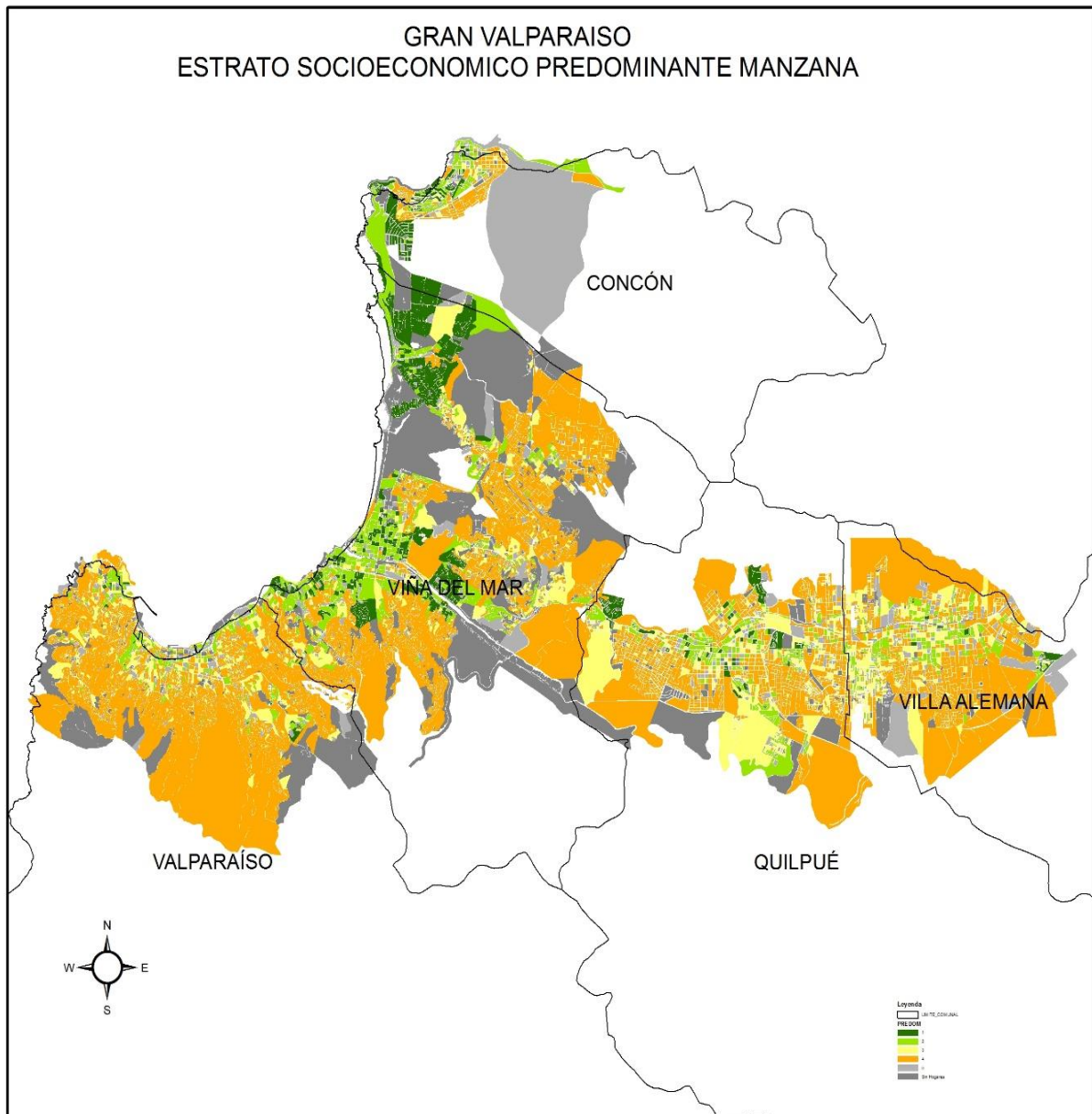
Las ciudades chilenas, a grandes rasgos, presentan un patrón de segregación característico de la ciudad latinoamericana: una cuña que surge desde el centro y se extiende hacia un sector de la periferia en donde se concentran los hogares de altos ingresos, un centro y pericentro socialmente heterogéneos, y una periferia popular, donde residen principalmente hogares de bajos ingresos (Bahr y Mertins, 1993; Janoschka, 2002; Borsdorf, 2003).

Mapa 3: Estrato socioeconómico predominante por manzana, Área Metropolitana del Gran Santiago, 2002.



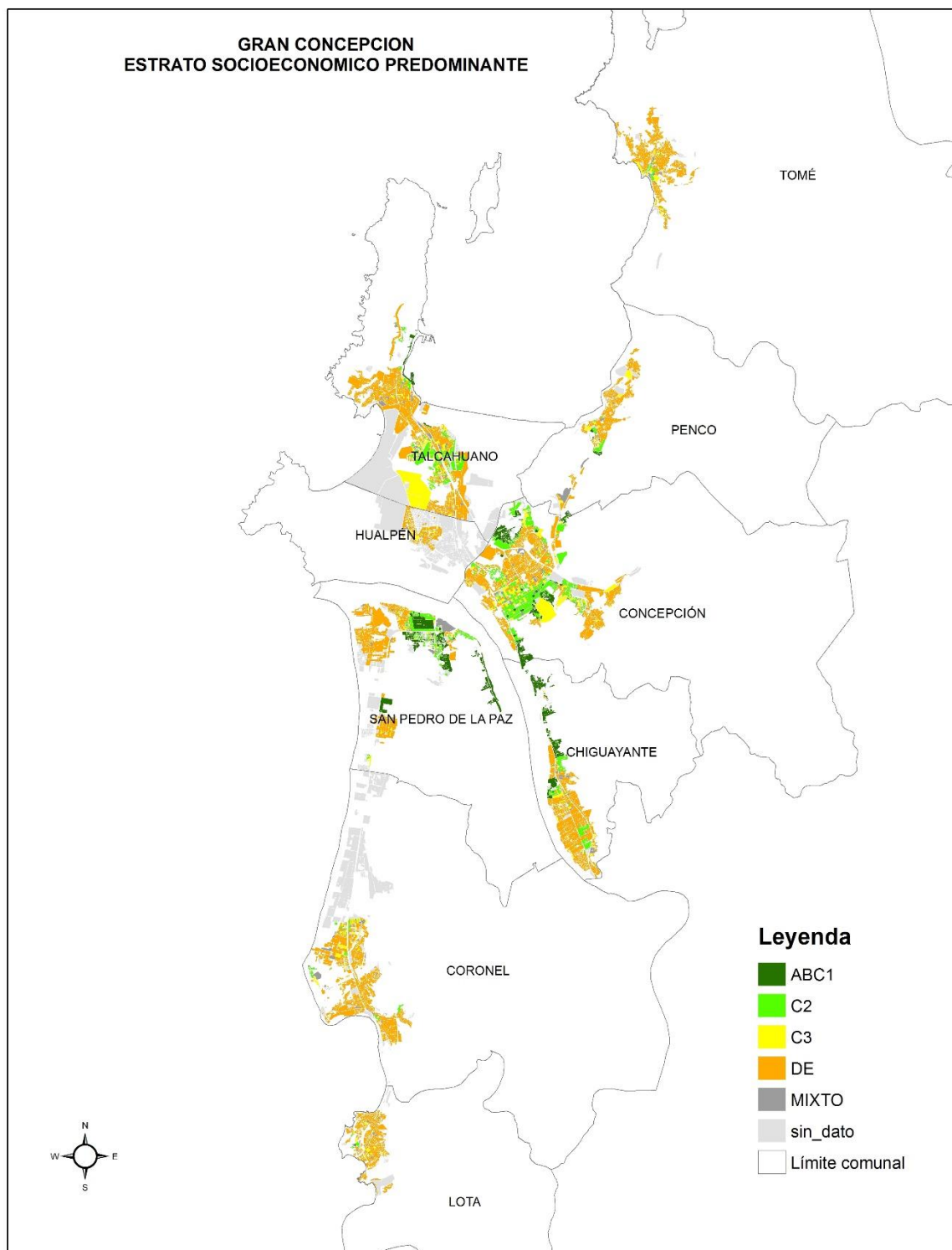
Fuente: Elaboración propia con base en Censo 2002

Mapa 4: Estrato socioeconómico predominante por manzana, Área Metropolitana del Gran Valparaíso, 2002.



Fuente: Elaboración propia con base en Censo 2002.

Mapa 5: Estrato socioeconómico predominante por manzana, Área Metropolitana del Gran Concepción, 2002.



Fuente: Elaboración propia con base en Censo 2002.

Este patrón se ha ido consolidando durante la segunda mitad del siglo XX, a distintos ritmos y de diversas formas en cada ciudad, a partir de la migración de las clases altas desde el centro hacia la periferia. Las sucesivas políticas de vivienda, recién descritas, han ido consolidando una vasta periferia socialmente homogénea, compuesta por hogares de bajos ingresos (Sabatini, 2000; Hidalgo, 2007a y b).

El patrón de segregación de las ciudades chilenas (Sabatini et al., 2010) se caracteriza por:

- a. Una alta concentración de los hogares de altos ingresos en una zona de la ciudad. Los hogares de estrato alto son los que muestran mayores niveles de concentración en el espacio, en la medida en que la mayoría de ellos reside en un único sector de la ciudad. Esto se ve reflejado en los altos índices que este grupo obtiene al calcular el índice de Duncan (indicador de concentración espacial; ver tabla 1). No obstante lo anterior, los niveles de homogeneidad de las áreas habitadas por grupos de altos ingresos no son elevados (ver índice aislamiento, tabla 1), es decir, si bien estos hogares están concentrados en ciertas zonas, en esas zonas también residen hogares de otros grupos sociales.
- b. Bajos niveles de segregación de los hogares correspondientes a ingresos medios, bastante menores a los de los demás grupos socioeconómicos.
- c. Altos niveles de segregación, entendida como homogeneidad social del espacio, de los hogares de estratos bajos, en sectores periféricos. Si bien los hogares de menores ingresos se encuentran distribuidos en gran parte de la periferia (no concentrados en un solo sector), éstos espacios en que habitan están compuestos prácticamente solo por personas de su misma condición social. Esto queda reflejado en los altos índices de aislamiento de estos grupos en las zonas en donde residen (ver tabla 1).

Más allá de las similitudes entre las ciudades, resulta interesante notar que cada una de ellas presenta un patrón de segregación que combina de forma particular concentración y homogeneidad en los distintos grupos. Así, podemos ver cómo el Gran Santiago, el Gran Concepción, y la conurbación Temuco-Padre Las Casas sobresalen por sus altos niveles de concentración de los estratos altos, lo que habla de ciudades con sectores de alta renta claramente delineados. Antofagasta sobresale por sus altísimos niveles de homogeneidad de estratos bajos, lo que habla de una ciudad con zonas constituidas prácticamente en su totalidad por hogares de estos estratos. La conurbación La Serena - Coquimbo exhibe bajos niveles de aislamiento, lo que habla de una ciudad en que, si bien los sectores de altos y bajos ingresos quedan bien delineados (en tanto es posible distinguir concentraciones de acuerdo al índice Duncan), muchas de las zonas en que residen los hogares de menores ingresos no quedan habitadas sólo por ellos, sino que son más permeables que en otras ciudades (hay zonas de segregación, pero también hay muchas zonas mixtas). En este sentido, dentro del marco general arriba expuesto, cada ciudad tiene su propio patrón de segregación, el que está influido por cuestiones de historia local y de morfología, entre otras.

Tabla 1: Índices de Disimilaridad de Duncan y aislamiento, zonas censales¹¹ 2002, ciudades seleccionadas.

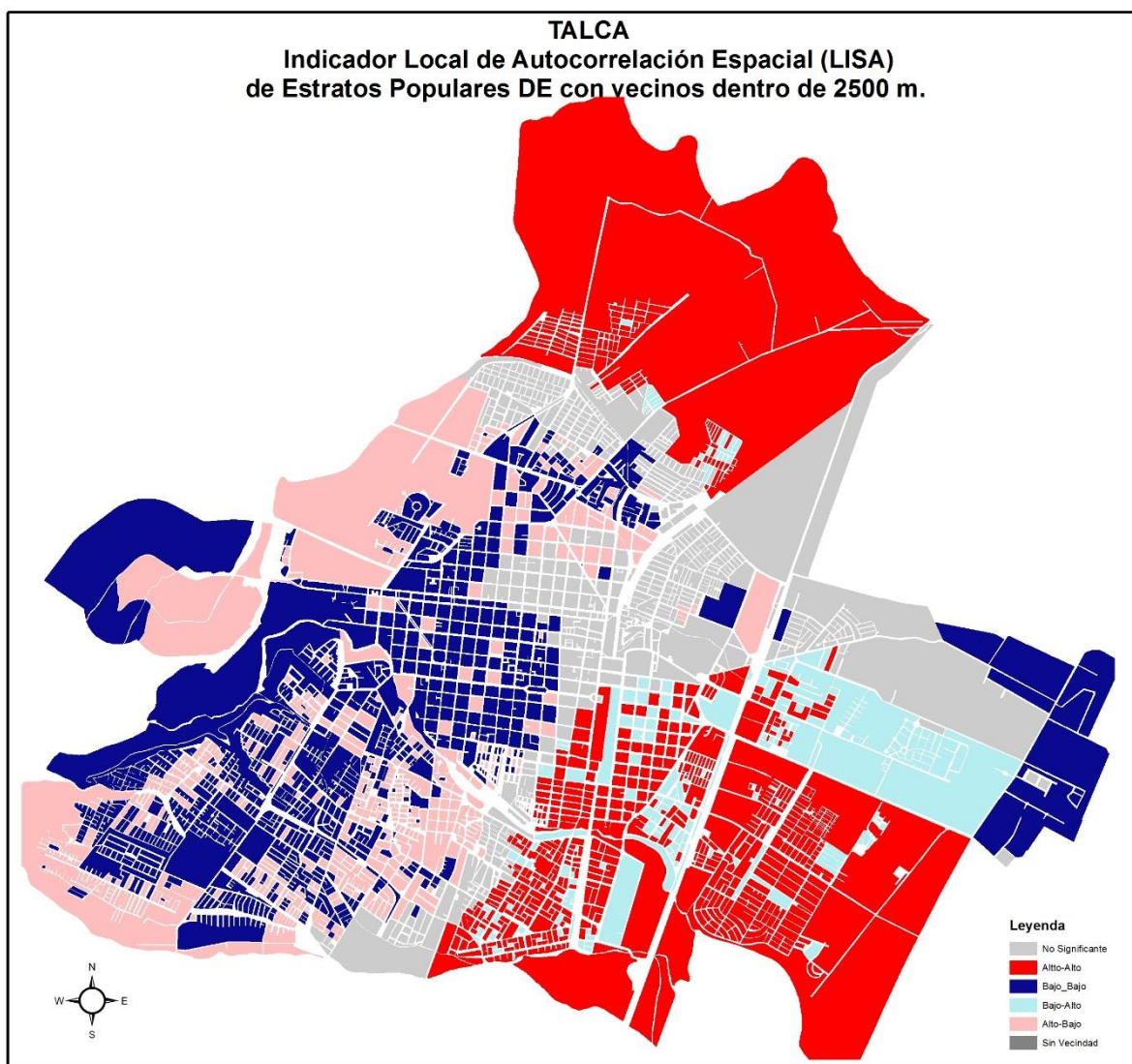
Ciudad	Duncan, zonas censales 2002				Aislamiento, zonas censales 2002			
	ABC1	C2	C3	D y E	ABC1	C2	C3	D y E
Antofagasta	0,485	0,263	0,096	0,344	0,382	0,484	0,561	0,889
La Serena-Coquimbo	0,449	0,159	0,260	0,363	0,278	0,352	0,208	0,161
Gran Valparaíso	0,472	0,254	0,116	0,315	0,223	0,244	0,270	0,537
Gran Santiago	0,612	0,347	0,156	0,416	0,343	0,280	0,273	0,575
Talca	0,428	0,300	0,134	0,310	0,085	0,195	0,248	0,630
Gran Concepción	0,598	0,363	0,145	0,363	0,224	0,248	0,250	0,640
Temuco-Padre Las Casas	0,593	0,324	0,173	0,414	0,301	0,244	0,284	0,598
Puerto Montt	0,406	0,228	0,161	0,276	0,115	0,189	0,221	0,636

Fuente: Elaboración propia con base en Censo 2002.

Al observar la periferia de las ciudades chilenas, es posible identificar una o más zonas de pobreza homogénea, que generan pocas oportunidades de encuentro con personas de otro nivel socioeconómico en el espacio local. Esto se puede apreciar al correlacionar la composición social de una manzana con sus manzanas circundantes: las manzanas correspondientes a estratos D y E quedan rodeadas por manzanas de similar composición, incluso cuando se consideran las manzanas a una distancia de 2.500 metros a la redonda. En el caso de la ciudad de Talca (mapa 6), por ejemplo, se puede apreciar cómo se conforman dos clusters de homogeneidad social de hogares de bajos recursos: barrio norte, y el sector Carlos Trupp. En el caso de Antofagasta (mapa 7), puede apreciarse como, tras una primera franja de borde costero de carácter mixto, se configura una franja de homogeneidad social de hogares D y E que se extiende desde el centro hacia el norte de la ciudad.

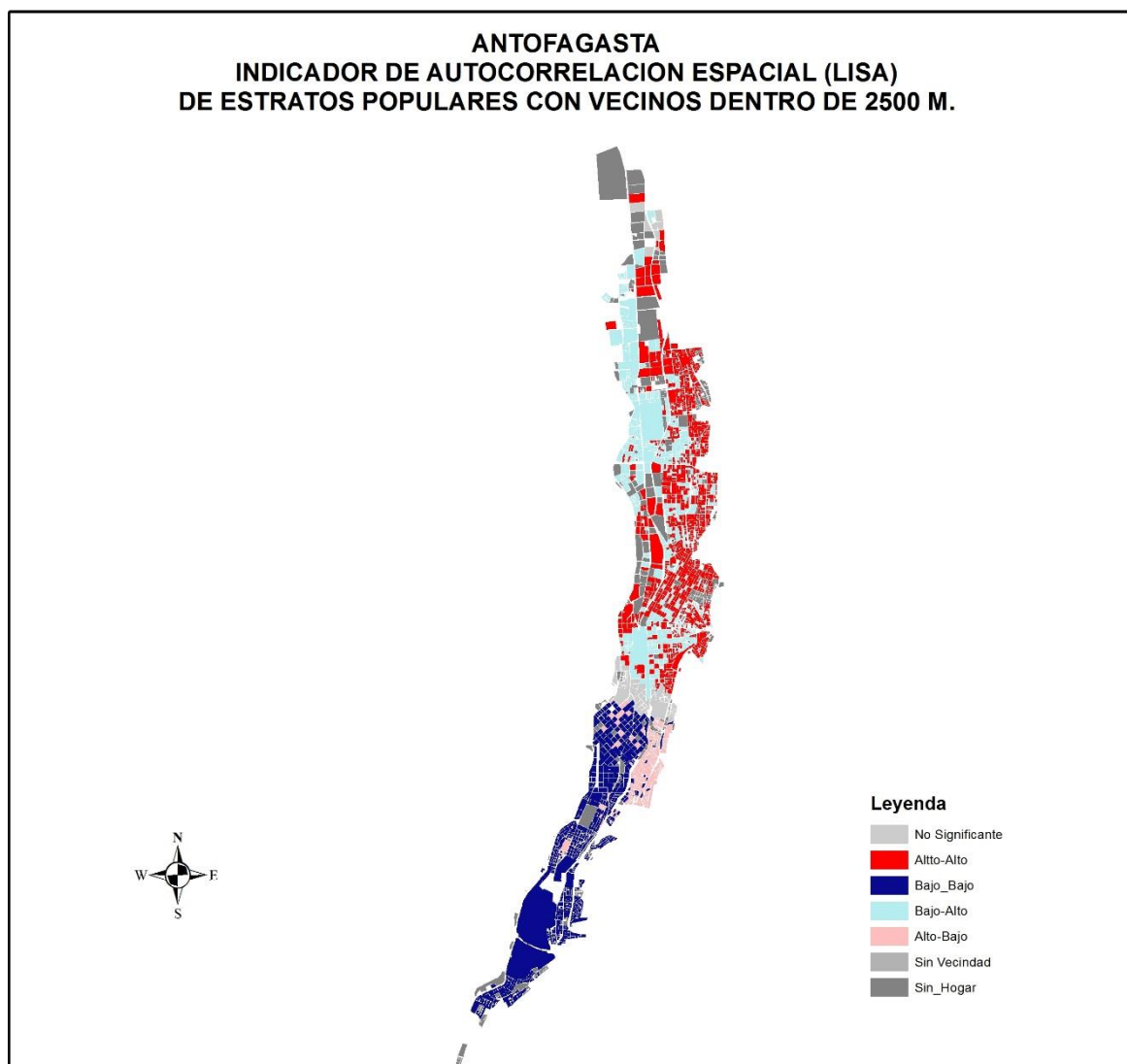
¹¹ Para la elaboración de esta tabla y la siguiente, se ha decidido utilizar la escala zona censal por varios motivos. Por una parte, dado que algunas de estas ciudades corresponden a una única comuna, el cálculo a escala comunal pierde sentido. Por otra parte, muchas de estas ciudades, al ser pequeñas, tienen pocos distritos, lo que también empobrece el análisis. La escala manzana, por su parte, no representa la homogeneidad o heterogeneidad que perciben las personas en su experiencia cotidiana, ya que el barrio que recorren es más grande que una única manzana.

Mapa 6: Autocorrelación espacial de estratos D y E con sus vecinos dentro de 2.500 metros, Talca 2002.



Fuente: elaboración propia con base en Censo 2002.

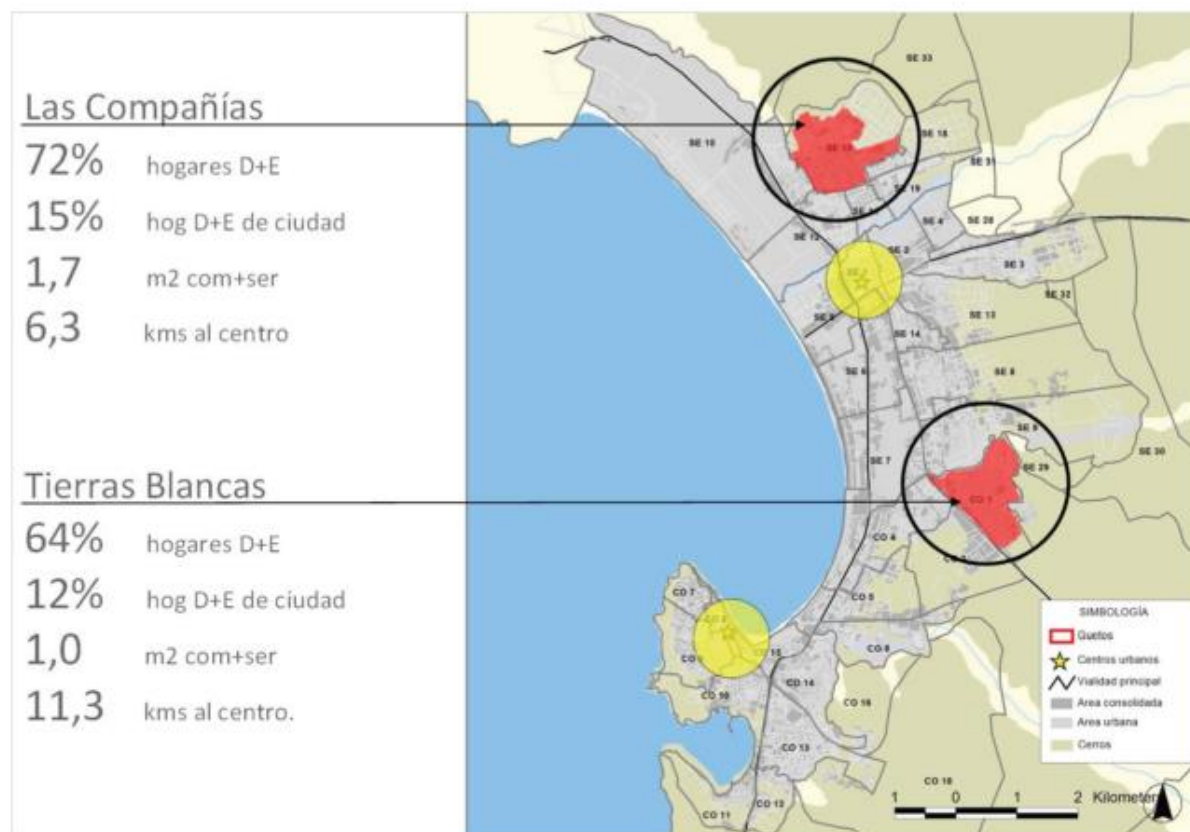
Mapa 7: Autocorrelación espacial de estratos D y E con sus vecinos dentro de 2.500 metros, Antofagasta, 2002.



Fuente: elaboración propia con base en Censo 2002.

La homogeneidad social de los sectores de mayor pobreza se combina con problemas de accesibilidad, equipamiento y disponibilidad de servicios, lo que ha llevado a algunos autores incluso a utilizar la palabra “gueto” para referirse a ellos. A través de una metodología que combina estas variables, Atisba Consultores (2010) ha identificado 64 barrios homogéneamente pobres, mal conectados y mal servidos a lo largo de las ciudades del país. Uno de los casos identificados corresponde al sector Las Compañías, en La Serena (mapa 8), que corresponde a una zona de expansión de la ciudad hacia el norte, en la cual se desarrolló buena parte de la vivienda económica de La Serena durante los años noventa. Como ha ocurrido en parte importante de las zonas homogéneas de vivienda social desarrolladas durante ese período, la zona carecía originalmente de equipamiento y servicios, ofreciendo una muy mala calidad de vida a sus residentes originales. Con el tiempo, se han ido desarrollando diversos servicios y equipamientos en esta zona, y se ha mejorado su conectividad, lo que ha llevado a que en la actualidad exista oferta de vivienda orientada a estratos medios en este sector.

Mapa 8: Sectores identificados por Atisba Consultores como “guetos”, La Serena- Coquimbo.



Fuente: Atisba Consultores (2010)

De este modo, el patrón de segregación recién descrito, que ha sido muy claro en cada una de nuestras ciudades, ha mostrado algunos signos de transformación desde inicios de este siglo. Por una parte, si bien aún la mayor parte de los hogares de estrato alto se localiza en el sector de alta renta de las ciudades, se han comenzado a generar desarrollos inmobiliarios para personas de altos ingresos en algunos sectores de la periferia popular, habitualmente bajo la figura del condominio cerrado. Esto ha llevado a que algunos sectores de la periferia popular, que hace años atrás mostraban un panorama de clara segregación residencial, hoy exhiban presencia de más grupos sociales (ejemplos claros de esto son comunas como Peñalolén o Pudahuel en Santiago)(Sabatini y Cáceres 2004; Hidalgo, 2004; Sabatini y Salcedo 2007; Azócar, Henríquez, Valenzuela y Romero, 2008; Sabatini et al., 2010; Ortiz y Escolano, 2013), en la medida en que en el suelo vacante se ha ido desarrollando vivienda para hogares de mayores ingresos. Esto ha llevado a la disminución de los índices de segregación en las ciudades chilenas, pese a la estabilidad o incluso aumento de los niveles de desigualdad.

Tabla 2: Índices de Gini 1992 y 2003, e índices de Duncan 1992 y 2002, para grupos populares (hogares D y E) y estratos altos (ABC1) a nivel de zona censal, en ciudades seleccionadas.

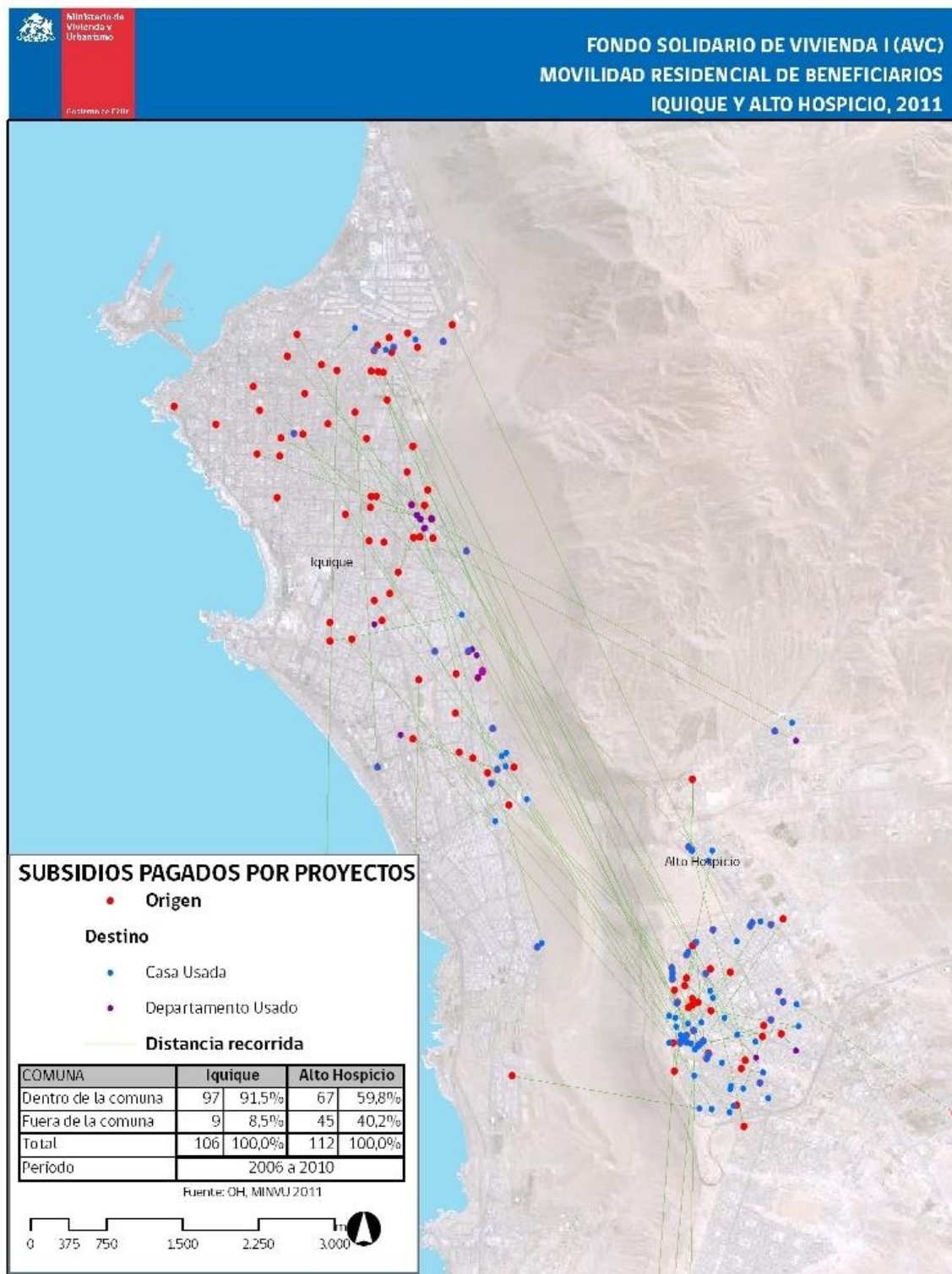
Ciudad	Gini* 1992	Gini* 2003	Duncan 1992 hogares D y E	Duncan 2002 hogares D y E	Duncan 1992 hogares ABC1	Duncan 2002 hogares ABC1
Antofagasta	0,480	0,463	0,314	0,344	0,528	0,485
La Serena-Coquimbo	0,542	0,584	0,403	0,363	0,591	0,449
Gran Valparaíso	0,525	0,464	0,309	0,315	0,443	0,472
Gran Santiago	0,586	0,603	0,407	0,416	0,623	0,612
Talca	0,534	0,663	0,271	0,310	0,385	0,428
Gran Concepción	0,542	0,566	0,356	0,363	0,605	0,598
Temuco-Padre Las Casas	0,451	0,542	0,443	0,414	0,400	0,593
Puerto Montt	0,527	0,532	0,320	0,276	0,400	0,406

Fuente: Elaboración propia con base en encuesta CASEN 1992 y 2003, y Censo 1992 y 2002.

* Los coeficientes de Gini aquí presentados son sólo aproximaciones para efectos comparativos, por lo que no deben considerarse como estimaciones exactas. La encuesta CASEN no ofrece suficientes casos como para poder entregar estimaciones con niveles de error razonablemente bajos a nivel de comunas.

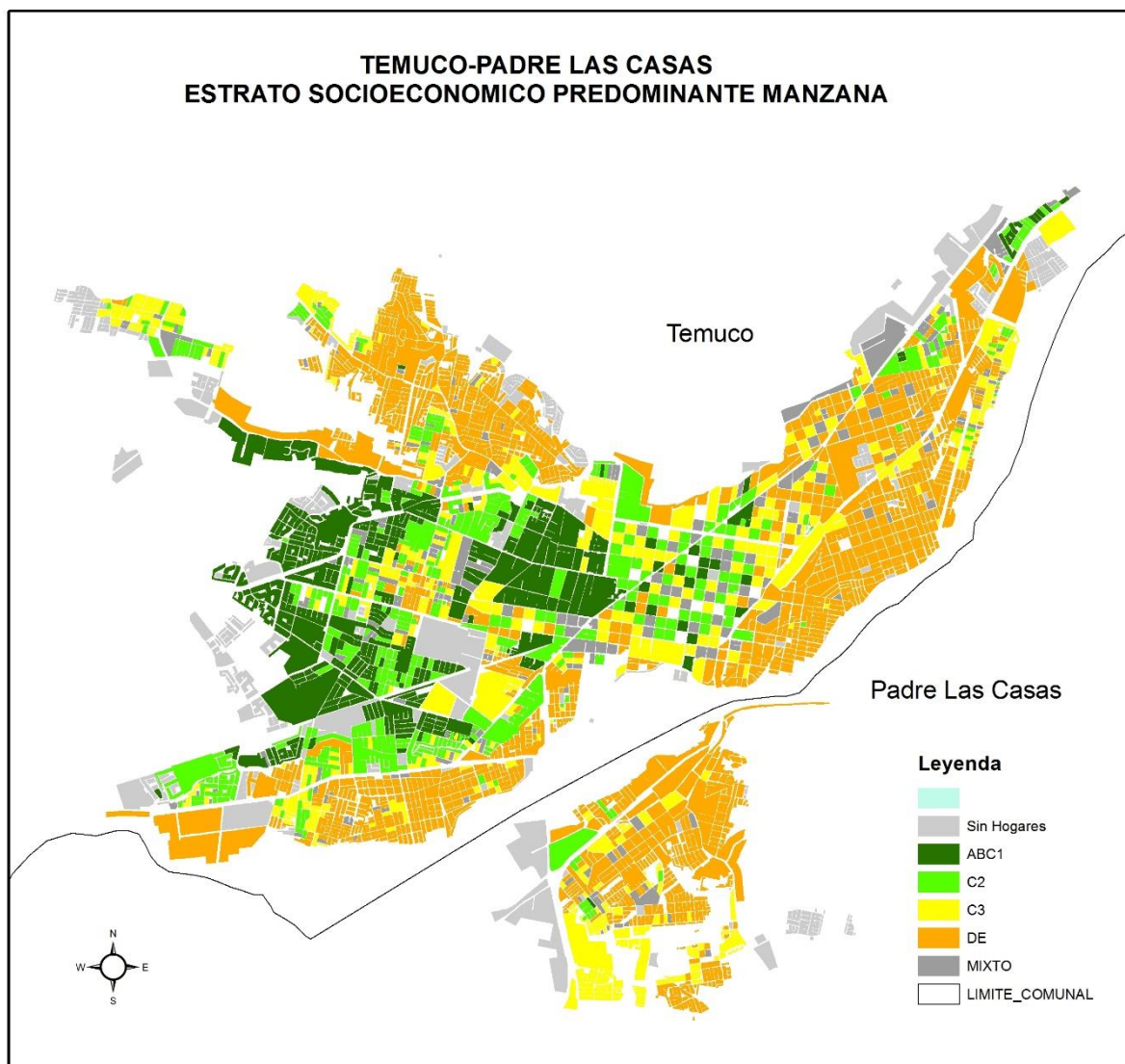
Por otra parte, los programas de vivienda, que de la mano de los proveedores privados de vivienda económica consolidaron vastas áreas de pobreza homogénea en la periferia de las ciudades durante los años 80 y 90 (Arriagada y Rodríguez, 2003; Hidalgo, 2004), ya no pueden aplicarse en estos sectores, en tanto el subsidio ya no cubre los crecientes precios del suelo (Brain y Sabatini, 2006). El desarrollo de vivienda para hogares de ingresos medios y altos en estos sectores ha generado un alza de los valores del suelo, que se han vuelto excluyentes para la vivienda social. Esto ha llevado a que la mayor parte de la vivienda económica se esté construyendo actualmente fuera de la ciudad, lo que en algunos casos ha llevado a la formación de localidades o incluso comunas constituidas casi en su totalidad por vivienda económica (como es el caso de Alto Hospicio, contigua a Iquique; Padre Las Casas, contigua a Temuco; o localidades como Nuevo Alerce en Puerto Montt) (ver mapas 9, 10 y 11) (Hidalgo 2007a; Borsdorf et al., 2008, Zunino e Hidalgo, 2009).

Mapa 9: Puntos de origen y destino de los asignatarios de Fondo Solidario de Vivienda I, Iquique y Alto Hospicio, 2011.



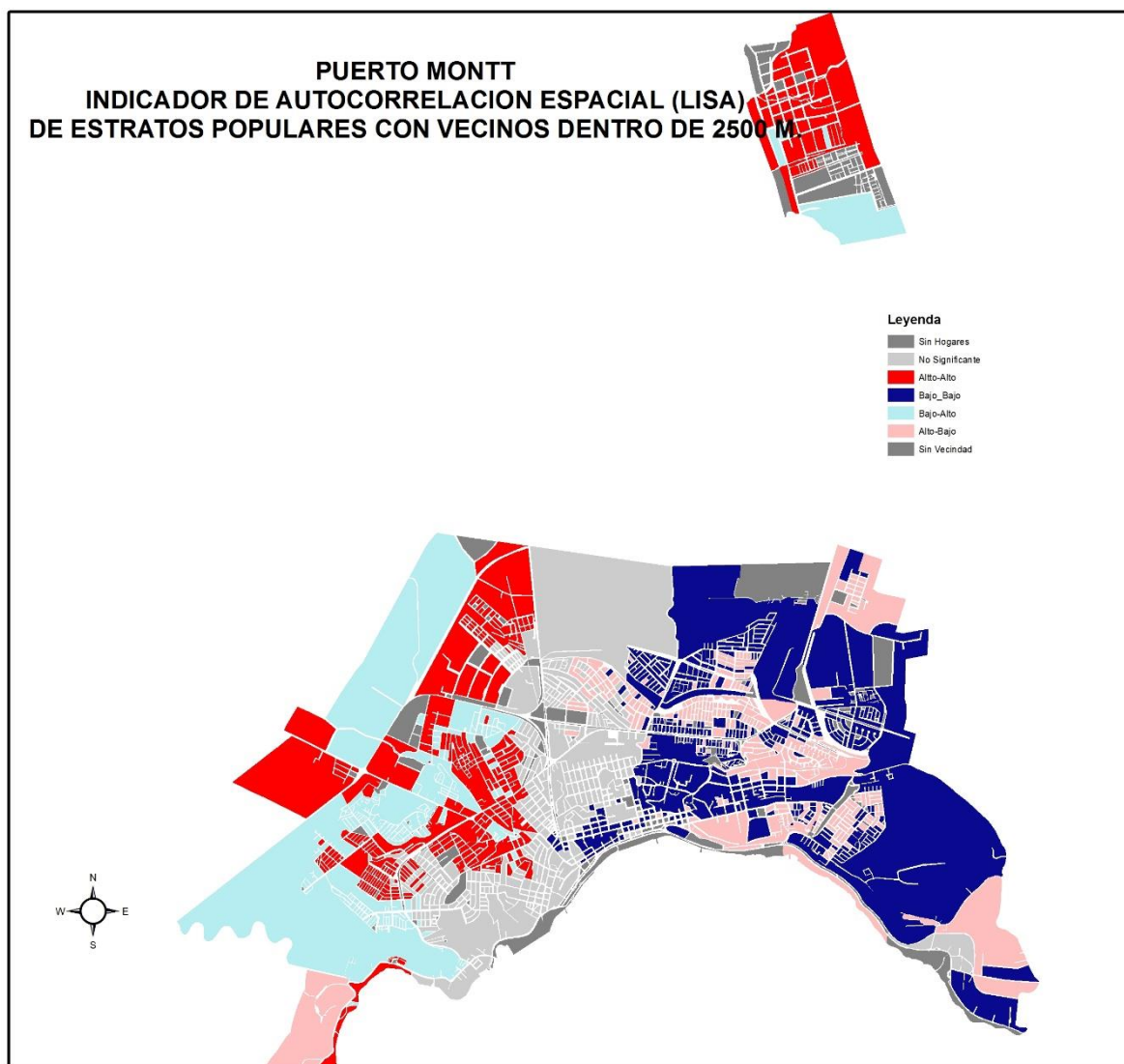
Fuente: Observatorio habitacional, Ministerio de Vivienda y Urbanismo

Mapa 10: Estrato socioeconómico predominante por manzana, Temuco - Padre Las Casas, 2002.



Fuente: elaboración propia con base en Censo 2002.

Mapa 11: Autocorrelación espacial de estratos D y E con sus vecinos dentro de 2.500 metros, Puerto Montt, 2002.



Fuente: elaboración propia con base en Censo 2002.

Esto plantea nuevos desafíos a la política pública: por una parte, se presenta la tarea de recuperar las áreas homogéneas y mal servidas ya consolidadas. Por otra, se vuelve urgente pensar en mecanismos que permitan el desarrollo de vivienda económica al interior de las ciudades, evitando la expulsión de los pobres.

CONSECUENCIAS DE LA SEGREGACIÓN DE LOS HOGARES DE BAJOS INGRESOS EN CIUDADES CHILENAS

Existen diversos estudios que exploran las consecuencias que la segregación residencial tiene sobre los hogares de menores ingresos en las ciudades chilenas. Vistos en conjunto, resulta claro que para un hogar de bajos ingresos, vivir en un sector segregado trae consigo un deterioro en su calidad de vida en lo cotidiano, obstaculiza su acceso a oportunidades de empleo y educación de buena calidad, y disminuye su capacidad de acumulación patrimonial. En este sentido, la segregación residencial no sólo los pone en desventaja en términos de ingresos actuales, sino que perjudica su situación en relación a su capacidad de generar ingresos en el futuro.

a. Empleo e ingresos

Un tema central al identificar las consecuencias de la segregación es cómo ésta afecta el acceso al empleo y por ende, la capacidad de los hogares para generar ingresos. Esto se vuelve central en el caso de ciudades que concentran las oportunidades laborales en ciertas áreas; por esto hablamos de geografía de oportunidades (Galster y Killen, 1995) y no simplemente de estructura de oportunidades. Para el caso chileno, los estudios encontrados coinciden en que el residir en áreas de segregación de pobreza genera desventajas que redundan en dificultades para acceder a buenos empleos y generar ingresos, lo que junto a la menor valorización de sus viviendas (por la zona en que se localizan), obstaculizan la movilidad social de estas familias.

En términos de empleo, la evidencia varía en función del grupo. Sin embargo, existe coincidencia en que el residir en un sector de pobreza homogénea obstaculiza el acceso a empleos de calidad. Para el caso de jóvenes de hogares de bajos ingresos en sectores segregados, se encuentran mayores niveles de inactividad en relación al resto de los jóvenes de su mismo nivel socioeconómico (Sanhueza y Larrañaga, 2007; 2008; Sabatini, Wormald et al., 2010). En el caso de los jefes de hogar de bajos ingresos en sectores de pobreza homogénea, se encuentran mayores niveles de cesantía (Sabatini et al., 2010), sueldos más bajos y tiempos de trayecto más extensos (Rodríguez, 2007), en comparación con jefes de hogar de similares características en sectores de menor segregación (Sabatini y Wormald, 2013; Wormald et al., 2013).

En el caso de las mujeres cónyuges (excluyendo a las jefas de hogar), en sectores de pobreza homogénea se encuentran mayores niveles de inactividad del cónyuge, y tiempos de trayecto más extensos, en comparación con residentes de similares características en sectores de menor segregación (Sabatini y Wormald, 2013; Wormald et al., 2013). En términos cualitativos, lo que se observa es que las mujeres en sectores de pobreza homogénea enfrentan una serie de obstáculos a la hora de salir a trabajar: deben salir muy temprano y volver muy tarde dado que las oportunidades de empleo se sitúan lejos de su hogar; esto implica alargar las horas de ausencia en el hogar, y salir o volver de noche, lo que les produce temor en la medida en que perciben el barrio como peligroso. Asimismo, temen dejar muchas horas solos a sus hijos en un entorno que consideran adverso y peligroso. Esto genera un desincentivo para trabajar. Sin embargo, aquellas mujeres de sectores segregados que trabajan evidencian mejores sueldos que el promedio de las mujeres trabajadoras de similares características en sectores no segregados; probablemente esto se relacione con lo anterior, en la medida en que solo vale la pena salir a trabajar cuando el sueldo que se percibirá compensa todos los obstáculos ya señalados (Wormald et al., 2013).

Más allá de esta mirada transversal, respecto al largo plazo, existe evidencia respecto a que los hogares pobres en sectores de mayor segregación tienen menos movilidad social que aquellos de características similares en sectores menos segregados (Sabatini y Wormald 2013). Asimismo, sus viviendas se valorizan menos, o bien, se deprecian, minando las posibilidades de construcción de patrimonio de las familias que residen en estas áreas (Valenzuela, 2012).

b. Educación

Otro ámbito que aparece como crucial en los estudios sobre consecuencias de la segregación es el de la educación. Después de todo, gran parte de la literatura sobre efecto barrio se centra en el desarrollo y oportunidades de niños y jóvenes. En el caso chileno, la segregación de la ciudad entra en relación con la segregación socioeconómica de las escuelas, generada por el propio sistema escolar, en un marco de un sistema de provisión mixta¹². En este marco, la investigación

¹² Este sistema combina la provisión municipal de educación, con sostenedores privados que se financian a través de un voucher (que puede ser complementado con copago de las familias), y sostenedores privados que no reciben ningún tipo de financiamiento público.

ha encontrado una serie de asociaciones entre la segregación de la ciudad y lo que ocurre en las escuelas.

En primer lugar, la distribución de los establecimientos educacionales en el territorio no es homogénea. Los establecimientos educacionales en sectores segregados tienen menores puntajes SIMCE que los del resto de la ciudad (Flores, 2008; Astaburuaga, 2013). Esto es relevante en la medida en que “el lugar de residencia afecta fuertemente el espacio y la elección educativa, por lo que el grado de segregación residencial afecta significativamente el grado de segregación escolar. En términos generales, este efecto tiende a ser mayor mientras más pequeños son los niños” (Valenzuela et al., 2010, p.220).

A lo anterior se puede objetar que muchos niños pueden salir de su sector para ir a la escuela, sin embargo, incluso considerando que ciertos niños viajan fuera de su barrio, los puntajes SIMCE de los establecimientos a los que asisten los niños de sectores segregados son menores a los de los niños de hogares de similares características socioeconómicas en sectores no segregados (Sabatini et al., 2008). A estas diferencias en calidad, se añade que los jóvenes que residen en sectores segregados tienen mayores niveles de deserción escolar, retraso escolar (Sanhueza y Larrañaga, 2008) e inactividad juvenil (Sierralta, 2010) que aquellos de hogares de similares características socioeconómicas residentes en sectores no segregados.

Respecto a los niños en edad preescolar en sectores de concentración de viviendas sociales, Segovia (2005) señala que “para los niños y niñas, el alejamiento y aislamiento de centros urbanos implica, de algún modo, menores posibilidades de acceso a servicios como sala cuna, consultorio, hospitales y mayores riesgos y dificultades para resolver emergencias; junto con eso, menor oportunidad de recibir el cuidado y atención de los padres y madres en el hogar, por las dificultades de traslado de estos últimos a sus trabajos y las grandes distancias que deben recorrer a diario entre ambos puntos” (p.82). De hecho, los niños residentes en sectores segregados asisten en menor proporción a educación preescolar que los niños de hogares de similares características socioeconómicas en sectores no segregados (Sanhueza y Larrañaga, 2007; 2008).

En este sentido, no sólo se trata de la distribución de las oportunidades educativas en el espacio, ni de su calidad, sino de otras formas a partir de las cuales la segregación afecta la educación de los niños, como por ejemplo, el tiempo familiar que consumen los extensos viajes que sus padres deben realizar. En esta misma línea, Flores (2008) destaca el rol de la violencia. En este tipo de entornos se produce un debilitamiento de la eficacia colectiva, crucial en el ámbito educativo, producto del temor de las madres a disciplinar a los hijos de otros. Este temor es compartido por los profesores, disminuyendo también su capacidad de disciplinar. A lo anterior se suma que muchas familias tienen expectativas de corto plazo respecto de la educación de sus hijos (cuidado, protección y disciplina en el marco de este entorno violento), sin ver un claro valor de largo plazo (lo que puede verse también en Sabatiniet al., 2008); y en algunos casos los establecimientos educacionales se ajustan a esta visión, reduciendo sus expectativas sobre sus estudiantes.

Por último, en la línea de los ya mencionados efecto barrio y geografía subjetiva de oportunidades, en sectores de mayor segregación se observa que los proyectos educativos de los jóvenes son mucho menos concretos que los que elaboran los jóvenes de similares características en sectores menos segregados (Soto y Sierralta, 2013). En la práctica, si bien los jóvenes de sectores segregados tienen los mismos sueños que los de sectores de menor segregación, al no tener referentes cercanos que hayan hecho el mismo recorrido educativo, carecen de información respecto de los pasos a seguir o las herramientas que están disponibles para que lo logren. Esto hace que sus visiones de futuro se expresen más como anhelos que como proyectos a realizar.

c. Inseguridad, violencia y delito

Uno de los tópicos que más comúnmente se asocian a la idea de segregación residencial de hogares de bajos ingresos es el de la inseguridad, violencia y delincuencia, probablemente por la amplia bibliografía sobre guetos y procesos de guetización que existe en la discusión internacional sobre el tema. Sin embargo, en el ámbito nacional, existen muy pocos estudios en éste ámbito, probablemente porque existen pocos datos sistematizados que permitan mapear los niveles de delito a nivel de la ciudad. Muchos datos no están disponibles a nivel local (para evitar la estigmatización territorial), y adicionalmente, los datos de denuncias tienen un sesgo: gran parte de los delitos no se materializa como una denuncia formal.

De este modo, en términos de datos agregados, sólo se encontró el estudio de Arriagada y Morales (2006), quienes evidencian que las ciudades chilenas con mayores niveles de segregación son también las que exhiben mayores tasas de delitos de mayor connotación social, sin embargo, por la naturaleza de sus datos, no puede saberse cuáles son los elementos que median la relación entre ambas variables. Así, la indagación empírica de los mecanismos y procesos a la base de esta relación queda pendiente. Más allá de esto, es posible identificar una serie de estudios que, en conjunto, muestran un panorama en el cual la segregación de los hogares de menores ingresos se asocia a una mayor exposición a distintas formas de violencia.

A partir de los datos de una muestra de más de 5.000 hogares en distintos tipos de ambientes residenciales, Tocornal, Tapia y Carvajal (2014) señalan que el nivel de ingresos del barrio está asociado al número de delitos violentos reportados y sucedidos, confirmando “la asociación entre concentración de desventajas socioeconómicas y habitacionales, y los niveles de delitos que implican violencia interpersonal” (p.99).

Adicionalmente, los datos de percepción revelan niveles más altos de inseguridad entre los vecinos de sectores segregados, en comparación con residentes de similares características en sectores de menor segregación (Sabatini et al., 2008). Dammert (2004) señala que las personas de nivel socioeconómico medio y alto sienten temor fuera de sus barrios, mientras que las personas de menor nivel socioeconómico sienten temor al interior de sus barrios. Asimismo, la misma autora señala que los santiaguinos que habitan viviendas económicas son los que exhiben mayores niveles de victimización en la ciudad, lo que genera miedo e incide en su calidad de vida (Dammert y Oviedo, 2004).

Es importante señalar que prácticamente todos los estudios cualitativos revisados en torno a sectores segregados revelan altos niveles de violencia de todo tipo. Como consecuencia, se produce una naturalización de la violencia (Flores, 2008), así como una serie de estrategias desarrolladas por los residentes para poder lidiar con esto (evitación de lugares, trayectos acompañados, horario de los trayectos y medios de transporte más seguros, etc.) (Salcedo et al., 2013). Llama especialmente la atención los altos niveles de enrejamiento de las viviendas en estos sectores (cierre de los blocks de departamentos de vivienda social, e inclusive rejas y candados separando cada piso del block), y la costumbre de mantener a los niños dentro de la casa, o “bajo llave” (viendo películas, jugando en el computador, etc.) para evitar que el entorno influya en ellos, o que sean víctimas de algún tipo de violencia (López, 2015). Así, la segregación de los hogares más pobres lleva a que cada familia se aisle de sus vecinos (Dammert y Oviedo, 2004), afectando su capital social (Ortega, 2014) y su capacidad de asociarse para generar un proyecto comunitario común (Salcedo et al., 2013). La desconfianza respecto a lo que ocurre en el entorno se transforma en desconfianza hacia los vecinos, minando la capacidad asociativa de las comunidades y sus proyectos comunes.

A esta violencia que se experimenta al interior de los conjuntos, debe sumarse la violencia simbólica que la ciudad en su conjunto impone a estos barrios. En esta línea, Dammert y Oviedo (2004) señalan que la población que reside en áreas segregadas es doblemente victimizada: por los

actos de sus propios vecinos violentos, y por el estigma que la sociedad les impone.

Existen estudios que muestran una mayor percepción de estigma entre los residentes de conjuntos en sectores de pobreza homogénea, en comparación con residentes de similares características en sectores no segregados (Sabatini y Wormald, 2013). Esto tiene como consecuencias el ocultamiento de la dirección, y experiencias concretas de discriminación por lugar de residencia en servicios privados y públicos. López (2015) señala que esta estigmatización es percibida incluso por los niños que residen en sectores de pobreza segregada. A los agentes estigmatizadores que identifican los adultos (multitiendas, transporte, etc.), los niños y adolescentes agregan otros de contacto más cotidiano, como el almacenero, o incluso el profesor, lo que pone el acento en la interrogante respecto a la socialización institucional que están recibiendo estos niños. Resulta relevante señalar que la percepción de estigma es mayor en ciudades regionales que en el Gran Santiago (Sabatini y Wormald, 2013). Esto puede deberse a que en ciudades más pequeñas resulta más fácil recordar los nombres de los sectores de pobreza de la ciudad, en comparación a lo que ocurre en Santiago, en que el nombre del conjunto o la villa en que se vive permite una suerte de anonimato.

Uno podría hipotetizar que estas condiciones de violencia son favorables para que los propios niños y jóvenes que crecen en estos entornos desarrollen a su vez conductas violentas o delictivas. Este tema, que ha sido bien abordado en otros países, acá no ha sido estudiado con tanta intensidad. La evidencia disponible señala que, más que un efecto directo de la segregación, lo que existe es un efecto indirecto de la segregación en la conducta delictiva, producido a través del contagio por pares (tomando en cuenta no solo la segregación del barrio, sino también la de otros espacios relevantes de actividad como la escuela, el lugar de residencia de los amigos, etc.) (Hein, 2015).

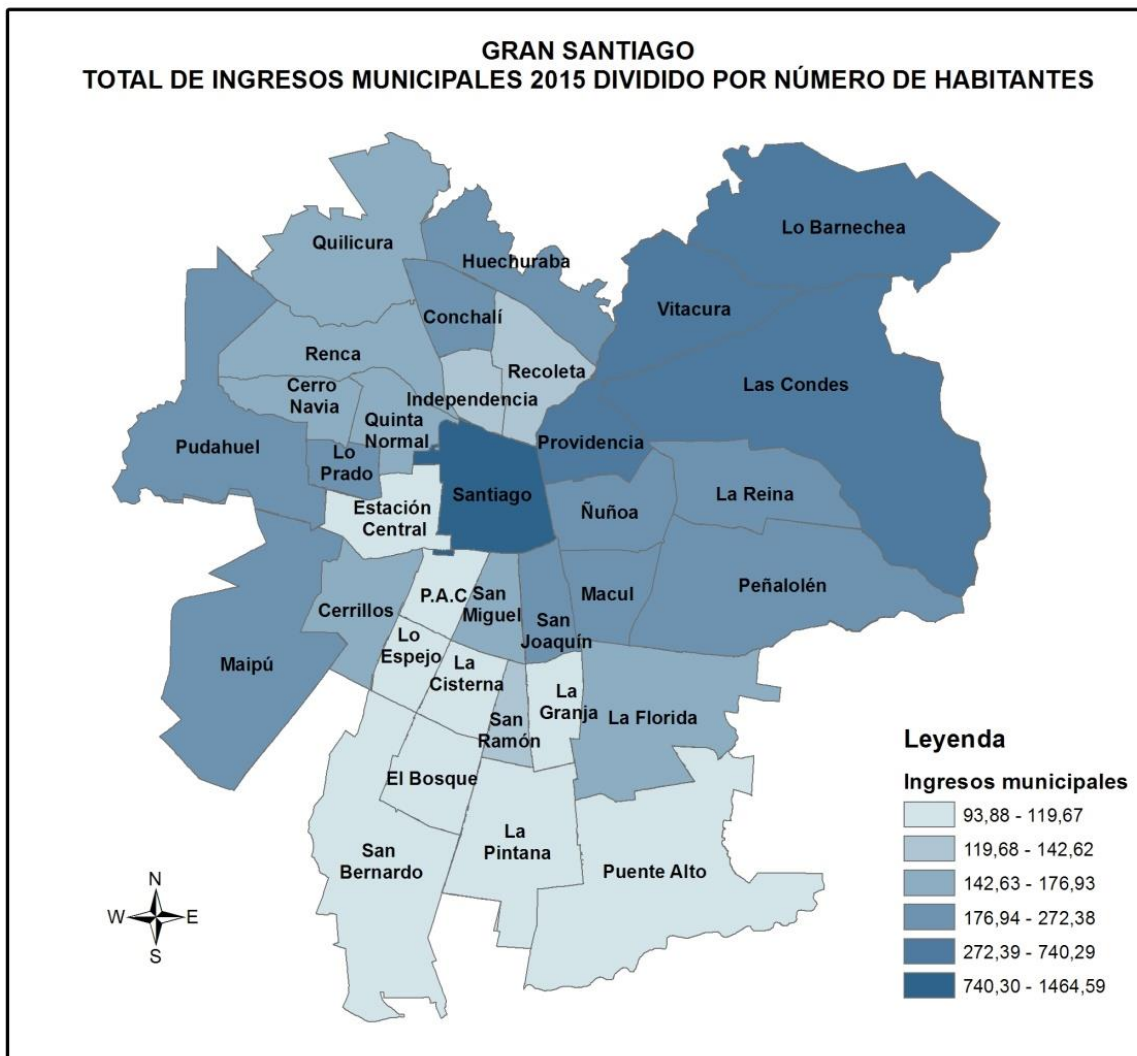
d. Acceso a servicios e infraestructura a nivel local

Otro de los temas más habitualmente asociados a la segregación tiene relación con los servicios e infraestructura presentes en este tipo de territorios. Siguiendo la literatura, zonas pobres y segregadas tendrían menor disponibilidad de servicios, equipamiento e infraestructura, pero también, las oportunidades en barrios homogéneos ofrecerían contacto con personas del mismo grupo, disminuyendo la diversidad, flujos de información y modelos a los que se tiene acceso¹³.

En nuestro caso, resulta relevante recordar que en Chile, parte importante de la provisión de servicios públicos depende de los municipios. Los municipios correspondientes a zonas de segregación de hogares de bajos ingresos enfrentan un complejo panorama: por una parte, su población corresponde a quienes más demandan servicios públicos; por otra, son los que menos ingresos reciben; sus viviendas están exentas de pago de contribuciones, y tampoco reciben mucho por concepto de patentes. De este modo, están más demandados, pero tienen menos recursos para operar. Esto genera fuertes inequidades en el estándar de los servicios públicos, en desmedro de los hogares de bajos ingresos que residen en zonas segregadas.

¹³ En este sentido, si bien los efectos de la segregación disminuyen en el contexto de Estados de Bienestar más fuertes, no desaparecen los efectos relativos a la homogeneidad social que experimentan los residentes de barrios segregados en la vida cotidiana.

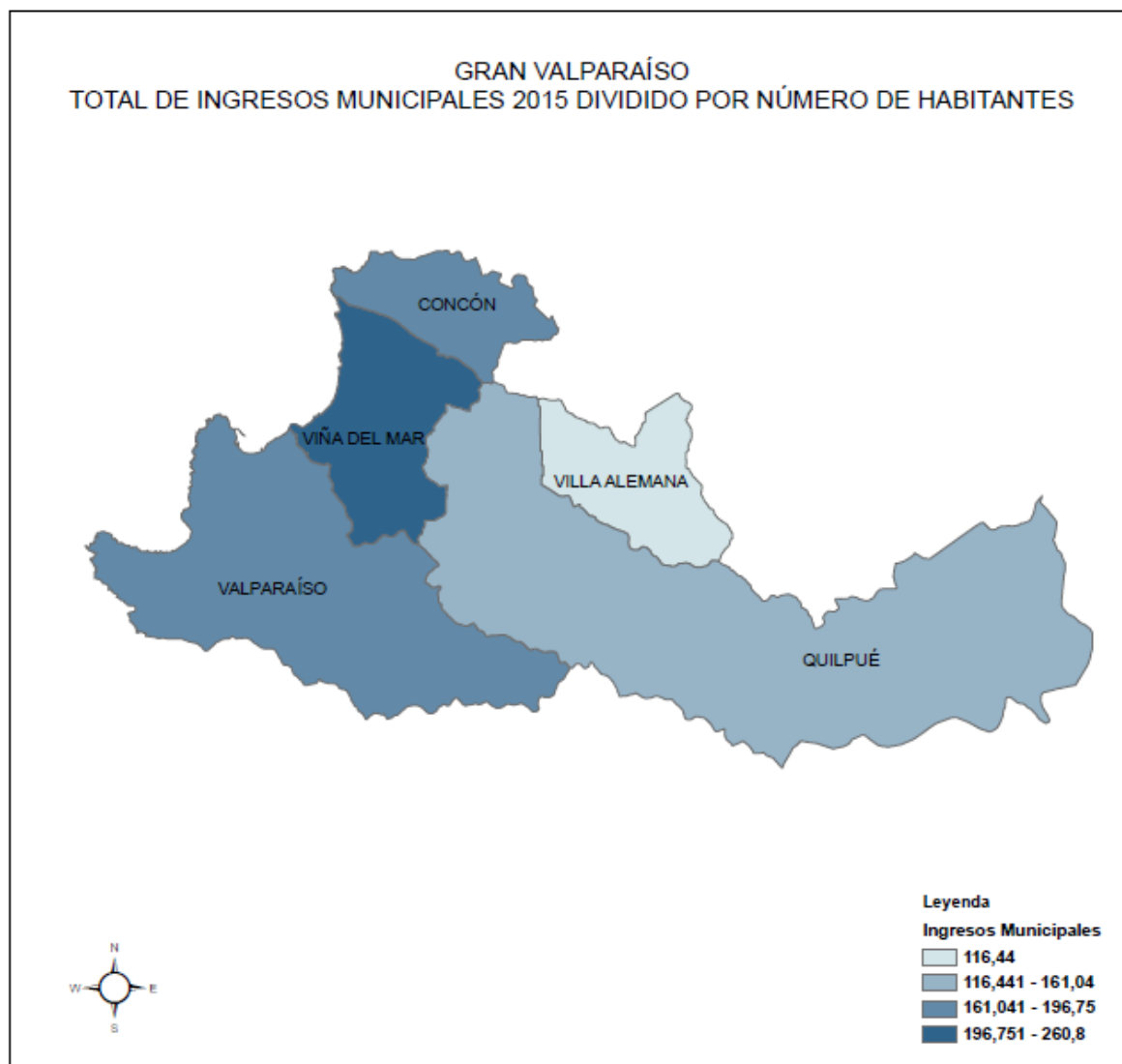
Mapa 12: Ingresos municipales per cápita¹⁴, Gran Santiago, en miles de pesos, 2014.



Fuente: elaboración propia con base en información de SINIM.

¹⁴ Se consideran los ingresos municipales con posterioridad a la redistribución del Fondo Común Municipal.

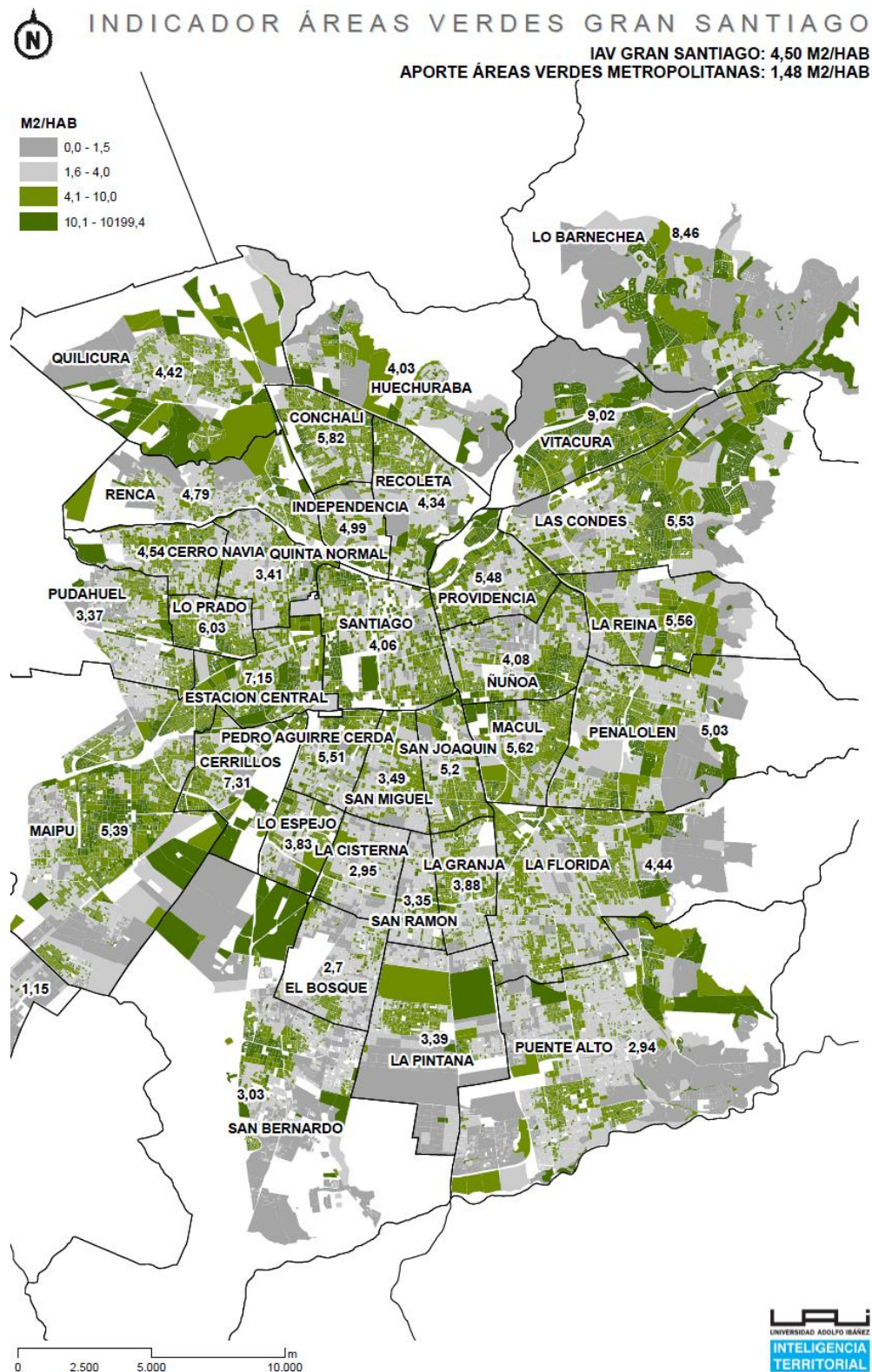
Mapa 13: Ingresos municipales per cápita, Gran Valparaíso, en miles de pesos, 2014.



Fuente: elaboración propia con base en información de SINIM.

Uno de los puntos más visibles de la relación entre segregación residencial y equipamiento urbano es la disponibilidad de áreas verdes. Al respecto, existe bastante evidencia para el caso de la ciudad de Santiago: la distribución de las áreas verdes replica el patrón de segregación de la ciudad (Atisba, 2011; Reyes y Figueroa, 2010). De acuerdo a los estudios disponibles, los sectores donde residen los hogares de mayores recursos cuentan con una mayor superficie de áreas verdes por habitante que el resto de la ciudad. Inversamente, los sectores de pobreza homogénea, en especial, el sector sur y sur poniente de la ciudad, cuentan con bajos índices de áreas verdes por habitante (Figueroa, 2008; Centro de Inteligencia Territorial UAI).

Mapa 14: Metros cuadrados de área verde por habitante, Santiago 2012.



Fuente: Centro de Inteligencia Territorial, Universidad Adolfo Ibáñez.

Resulta interesante señalar que esta carencia de áreas verdes en sectores de pobreza segregada es percibida incluso por los niños, quienes tienen una percepción de su entorno urbano distinta a la que presentan niños de otros sectores de la ciudad (Fuentes et al., 2011).

En el caso de Santiago, la existencia de menor superficie correspondiente a áreas verdes en los sectores de pobreza segregada disminuye la permeabilidad del suelo (y su capacidad de absorción de agua), lo que junto a la mayor lejanía de estos sectores respecto a servicios de salud de urgencia, lleva a que en los sectores de segregación de hogares de menores ingresos se presente también una mayor vulnerabilidad ambiental (Krelleberg et al., 2014). Esto es consistente con lo que señalan Vásquez y Salgado (2009) para el caso de Santiago y Concepción, en donde “los grupos de menores ingresos terminan accediendo a las zonas ambientalmente más degradadas, más contaminadas y que presentan mayores amenazas de la ciudad y, por tanto, se configuran asentamientos que concentran mayores grados de vulnerabilidad frente a amenazas ambientales” (p.96).

Por último, un servicio crítico que puede aportar a aminorar o profundizar los efectos de la segregación es el transporte. La movilidad es lo que permite el acceso de las personas a las oportunidades de la ciudad, y que en este sentido, el derecho a la movilidad es garante de los derechos al trabajo, a la educación, etc. En este sentido, una movilidad disminuida dificulta la inclusión de las personas en otras dimensiones de la vida urbana (Landon y Rodríguez, 2013).

En este contexto, algunos estudios desde una perspectiva de movilidad muestran que, para el caso de Santiago, se puede apreciar que las desventajas se amplifican sobre las personas cuando el territorio se entiende de forma estática y fragmentada. Esto se evidencia en que los viajes son más largos, menos cómodos, etc., y en último término, en que las personas de menores recursos tienen menos posibilidades de elegir respecto a la forma que toma su movilidad (Jirón, 2014).

En sectores segregados de la ciudad, los desplazamientos no sólo de mayor duración que personas de iguales características en sectores de menor segregación (Rodríguez, 2007; Rodríguez, 2012; Sabatini y Wormald, 2013), sino que muchas veces son más inseguros, menos cómodos, etc. Adicionalmente, los hogares deben desplegar estrategias de movilidad complejas, que no sólo involucran el factor tiempo y costo, sino la seguridad con la que se realizará cada viaje (dependiendo de quién es el que viaja: niños, adolescentes, adultos, hombres o mujeres) (Salcedo et al., 2013). A esto se suma que algunas políticas de transporte, en lugar de beneficiar a los residentes de estos sectores, los perjudican, como se evidencia en el caso de la Autopista Acceso Sur, que beneficia al resto de la ciudad pero dificulta la movilidad de los sectores de Puente Alto y La Pintana por donde pasa (Landon y Rodríguez 2013).

CONCLUSIONES

Como se ha expuesto, la relación entre segregación y desigualdad es compleja, pero al mismo tiempo, evidente. Por una parte, la desigualdad se encuentra a la base de la segregación. Esta relación, lejos de ser directa, está moldeada por una serie de factores, tanto socioculturales como institucionales. El Estado resulta crucial para mediar esta relación, ya que es quien fija las reglas del juego respecto al acceso al suelo, en la medida en que genera restricciones e incentivos, y genera programas de acceso a la vivienda para los más pobres. Si el mercado opera con pocas restricciones, el acceso al suelo urbano estará completamente dado por la capacidad de pago de los compradores, relegando a los más pobres a las peores localizaciones de la ciudad (o peor aún, impidiendo su acceso a ella), y generando su segregación. Si la política de vivienda económica se rige por el mercado (esto es, si compra suelo en el mercado como cualquier otro agente, como ocurre actualmente en Chile), contribuirá a la profundización de estas tendencias segregadoras.

Adicionalmente, hay que tomar en cuenta que cada sociedad presenta disposiciones culturales propias respecto a la convivencia de las personas de distinto nivel socioeconómico en un mismo espacio. Residir cerca de personas de otra condición socioeconómica puede significar cosas distintas en diversas realidades nacionales. Asimismo, estas disposiciones pueden cambiar con el

tiempo, en la medida en que los elementos sobre los cuales se construye identidad van variando. Por último, no todas las personas presentan igual actitud respecto a la residencia en sectores homogéneos u heterogéneos: existen grupos dispuestos a vivir cerca de personas de nivel socioeconómico diferente; en cambio, hay grupos totalmente reticentes a la heterogeneidad residencial. Los niveles de tolerancia / intolerancia a compartir espacios residenciales con personas de distinto nivel socioeconómico, y las condiciones bajo las cuales se de esta disposición (características urbanas de los barrios, niveles de proximidad, barreras, normativas comunitarias, etc.), influirán en la forma que tome el patrón de localización de los grupos socioeconómicos en cada ciudad.

Por otra parte la segregación, cuando corresponde a homogeneidad social de los sectores habitados por hogares de bajos ingresos, genera una serie de desventajas para quienes las experimentan. Estas desventajas contribuyen a la desigualdad en tanto empeoran la calidad de vida de las personas en lo cotidiano, dificultan y empobrecen su acceso a la educación y al empleo, y a la larga, empobrecen sus oportunidades al obstaculizar su acumulación patrimonial y de capital humano.

Los estudios realizados en Chile confirman lo afirmado anteriormente. Estos constituyen un cuerpo diverso de evidencia en torno a la contribución de la segregación residencial socioeconómica a la desigualdad en las ciudades chilenas. Algunos de ellos trabajan con microdatos censales, otros con encuestas, y algunos de ellos con material de carácter cualitativo. En este sentido, vistos como un todo, son complementarios y como cuerpo, ayudan a superar las limitaciones propias de cada metodología. Asimismo, como conjunto muestran un panorama claro y contundente: las personas de bajos ingresos que viven en áreas segregadas están en desventaja respecto a aquellas que residen en otros sectores de la ciudad. No es lo mismo para un hogar de escasos recursos vivir en una zona segregada, que en una zona no segregada. La segregación añade un conjunto de desventajas a las que este tipo de hogares ya trae consigo.

Esto implica considerar que el espacio no es solo un escenario de los procesos sociales, sino que tiene un rol en la producción de las desigualdades sociales. El espacio es producto de lo social, pero al mismo tiempo, es origen de nuevos procesos sociales. La relación entre ambos planos no es unidireccional, sino bidireccional.

El Estado puede contribuir o aminorar estas desventajas producidas por la segregación. Se puede buscar que la infraestructura, equipamiento y servicios públicos estén equitativamente distribuidos en la ciudad, y tengan un estándar similar (contrario a lo que ocurre en Chile, en que depende en gran medida de los ingresos de cada municipio, profundizando las desventajas que los hogares en sectores de pobreza segregada deben sortear). Una provisión pública de ese tipo permitiría aminorar los efectos de la segregación de los más pobres, al apuntalar las oportunidades de estos hogares.

No debe olvidarse, sin embargo, que la mejora de los servicios, equipamiento e infraestructura de los sectores segregados no resuelve la totalidad del problema. Como se ha mostrado, gran parte de los problemas de la segregación están dados por la situación de aislamiento que proviene de la homogeneidad social del espacio. No sólo se trata de que las oportunidades estén desigualmente distribuidas en la ciudad, sino que la composición social de los espacios tiene en sí misma consecuencias. Una de las más evidentes es el estigma territorial. De este modo, no basta con promover la equidad territorial, sino que generar espacios heterogéneos en la ciudad también se vuelve una necesidad. En suma, reconocer las consecuencias negativas de la segregación residencial impone el desafío de generar ciudades más justas, integradoras, diversas y cohesivas.

BIBLIOGRAFÍA

Ararwal, R; Animesh, A; y Prasad, K. (2009) Social interactions and the “digital divide”: explaining variations in internet use. En: *InformationSystemsResearch*, 20 (2), p. 277-294.

Arim, R. (2008) Crisis económica, segregación residencial y exclusión social: el caso de Montevideo. En: Ziccardi, A. *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social: Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI*, Bogotá: CLACSO.

Arriagada, C., Morales, N. (2006) Ciudad y seguridad ciudadana en Chile: revisión del rol de la segregación sobre la exposición al delito en grandes urbes, *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 32 (97), p. 37-48.

Arriagada, C., Rodríguez, J. (2003) Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones políticas. *Serie de Población y Desarrollo de América Latina*, CEPAL.

Astaburuaga, J.P. (2013) Disparidades comunales frente al rendimiento educacional en la Región Metropolitana (2000-2010): Distribución de la oferta educativa y su relación con los resultados SIMCE. Tesis de Magíster en Geografía y Geomática, Instituto de Geografía, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Atisba (2011) La brecha verde. Distribución espacial de las áreas verdes en el Gran Santiago. [en línea] Disponible en www.atisba.cl

Atisba Consultores (2010) Reporte Estudios Guetos en Chile. [en línea] Disponible en www.atisba.cl

Azócar, G., Henríquez, C., Valenzuela, C., Romero, H. (2008) Tendencias sociodemográficas y segregación socioespacial en Los Ángeles, Chile, *Revista de Geografía Norte Grande*, Vol. 128, N°41, págs. 103-128.

Azócar, G., Sanhueza, R., Henríquez, C. (2003) Cambio en los patrones de crecimiento en una ciudad intermedia: el caso de Chillán en Chile Central. En: *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 29 (87), p. 79-82.

Bauder, H. (2002) Neighborhood effects and cultural exclusión. En: *Revista UrbanStudies*, 39 (1), p. 85-93.

Barry, B. (1998) *Social Exclusion, Social Isolation and the Distribution of Income*. CASE paper, Centre for Analysis of Social Exclusion, London School of Economics, Houghton Street, Reino Unido.

Bahr, J., Mertins, G. (1993) La ciudad en América Latina. En: *Revista Población y Sociedades*, Vol. 1, p. 5-14.

Bauman, Z. (2002) *La Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica, México.

Bayón, M. (2008) Desigualdad y procesos de exclusión social. Concentración socioespacial de desventajas en el Gran Buenos Aires y la Ciudad de México. En: *Revista Estudios Demográficos y Urbanos*, 23 (1), p. 123-150.

Borsdof, A. (2003) Cómo modelar el desarrollo y la dinámica de la ciudad latinoamericana. En: *Revista EURE*, 86 (37), p. 37-49.

Borsdof, A., Sánchez, R., Marchant, C. (2008) Aprendiendo de los errores. La necesidad de cambios a la política nacional de vivienda en ciudades intermedias chilenas. X Coloquio Internacional de Geocrítica: Diez años de cambios en el mundo, en la geografía y en las ciencias sociales 1999-2008, Universidad de Barcelona, España.

Brain, I., Sabatini, F. (2006) Los precios del suelo en alza carcomen el subsidio habitacional, contribuyendo al deterioro en la calidad y localización de la vivienda social. En: Revista ProUrbana N°4, p. 2-13.

Browning, C. y Soller, B. (2014) Moving beyond neighborhood: Activity spaces and ecological networks as contexts for youth development. En: Cityscape, 16 (1), p.165-196.

Cáceres, G. y Sabatini, F. (2003) Para entender la urbanización del litoral: El balneario en la conformación del Gran Valparaíso (siglos XIX y XX). En: Revista ARQ, n°55, p. 50-52.

Centro de Inteligencia Territorial, Universidad Adolfo Ibáñez. [en línea] Disponible en: cit.uai.cl

Cornejo, C. (2012) Estigma territorial como forma de violencia barrial. El caso del sector El Castillo. En: Revista INVI, 27 (76), p. 177-200.

Dammert, L. (2004) ¿Ciudad sin ciudadanos? Fragmentación, segregación y temor en Santiago. En: Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales, 30 (91), p. 87-96.

Dammert, L., Oviedo, E. (2004) Santiago: Delitos y violencia urbana en una ciudad segregada. En Santiago en la globalización: ¿Una nueva ciudad? Ediciones SUR, Santiago, Chile.

De Ramón, A. (1978) Santiago de Chile (1850-1900) Límites urbanos y segregación espacial según estratos. En: Revista Paraguaya de Sociología, año 15, n°42/43, p. 253-270.

De Ramón, A. (1990) La población informal. Poblamiento de la periferia de Santiago de Chile 1920-1970. En: Revista EURE, 16 (50), p. 5-17.

Figueroa, I. (2008) Conectividad y accesibilidad de los espacios abiertos urbanos en Santiago de Chile. Tesis para optar al grado de Magister en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente. Santiago, Chile: Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Flores, C. (2006) Consequências da desegregação residencial: teoria e métodos. En: Pinto, J. (ed) Novas metrópolis paulistas. População, vulnerabilidade e segregação. Campinas: Nepo/Unicamp, Brasil.

Flores, C. (2008) Residential Segregation and the Geography of Opportunities : a Spatial Analysis of Heterogeneity and Spillovers in Education. Tesis Doctoral, University of Texas at Austin, Estados Unidos.

Fuentes, C; Irrarrázabal, F; Romero, H; y Salgado, M. (2011) Comodificación y segregación socio-ambiental en Peñalolén. Comprendiendo su estructuración territorial. En: Revista Sociedad y Equidad, n°1, p.1-8.

Galster, C., Killen, S. (1995) The geography of metropolitan opportunity: a reconnaissance and conceptual framework. En: Housing Policy Debate, 6 (1), p. 7-43.

Garín, A., Salvo, S., Bravo, G. (2009) Tendencias en la Segregación Residencial en Chile. En: Revista de Ciencias Sociales, 15 (3), p. 407-418.

- Granovetter, M. (1973) The strength of weak ties. En: *American Journal of Sociology*, 76 (6), p. 1360-1380.
- Greene, M., Soler, F. (2004) Santiago: de un proceso acelerado de crecimiento a uno de transformaciones. En: De Mattos, C; Ducci, M; Rodríguez, A. y Yáñez, W. *Santiago en la globalización ¿una nueva ciudad?* Ediciones Sur, Santiago de Chile.
- Groisman, F. (2010) La persistencia de la segregación residencial socioeconómica en Argentina. En: *Estudios demográficos y urbanos*, 25 (2), p. 229-260.
- Harvey, D. (1979) Valor del suelo, valor de cambio teoría de la utilización del suelo urbano. En: *Urbanismo y desigualdad social*, p.159-204. Siglo Veintiuno Editores, Madrid, España.
- Hein, A. (2015) The influence of space and place characteristics on juvenile antisocial behavior development: an analysis of the effect of contextual disadvantage in Santiago de Chile. Thesis submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of DPhil in Social Intervention in the Social Sciences Division at the University of Oxford.
- Hidalgo, R.(2004) La vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX: actores relevantes y tendencias espaciales. En: De Mattos, C; Ducci, M; Rodríguez, A. y Yáñez, G. *Santiago en la globalización ¿una nueva ciudad?* Ediciones Sur, Santiago de Chile.
- Hidalgo, R. (2004) La vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX: actores relevantes y tendencias espaciales. En: De Mattos, C., Ducci, M., Rodríguez, A., Yáñez, W. (2004) *Santiago en la globalización ¿una nueva ciudad?* Ediciones Sur, Santiago de Chile.
- Hidalgo, R. (2007a) Cien años de política de vivienda social, cien años de expulsión de los pobres a la periferia de Santiago. En: Castillo, M., Hidalgo, R. 1906-2006 *Cien años de política vivienda en Chile. Serie Arquitectura N° 1, Serie Geolibros N° 10*, Facultad de Arquitectura y Diseño UNAB, Instituto de Geografía UC, Ediciones UNAB.
- Hidalgo, R. (2007b) ¿Se acabó el suelo en la gran ciudad? Las nuevas periferias metropolitanas de la vivienda social en Santiago de Chile. En: *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 33 (98), p. 57-75.
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE) Censos de Población y Vivienda.
- Janoschka, M. (2002) El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: Fragmentación y privatización. En: *Revista EURE*, 28 (85), p. 11-29.
- Jirón, P. (2014) Las consecuencias del urbanismo fragmentador en la vida cotidiana de habitantes de la ciudad de Santiago de Chile. En: *Revista EURE*, vol. 40, n°121, p.5-28.
- Kaztman, R. (1999) Segregación residencial y desigualdades sociales en Montevideo. Documento de trabajo, CEPAL, Montevideo.
- Kaztman, R. (2001) Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos. En: *Revista de la CEPAL N° 75*, p. 171-189.
- Kaztman, R. y Retamoso, A.(2005) Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo. En *Revista de la CEPAL N°85*, p. 131-148.
- Krelleberg, K; Link, F; Welz, J; Harris, J; Barth, K e Irrázabal, F. (2014) Supporting local adaptation: The contribution of socio-environmental fragmentation to urban vulnerability. En: *Applied Geography*, vol. 55, p.61-70.

Landon, P. y Rodríguez, B. (2013) El derecho a la movilidad espacial y a la participación en la ciudad. El caso de la autopista Acceso Sur -autopista de la injusticia- en el Área Metropolitana de Santiago de Chile. En: De la Fuente, G. y Mlinarz, D. El Pueblo Unido. Mitos y realidades sobre la participación ciudadana en Chile. Editorial Alberto Hurtado, p. 181-207.

López, J. (2015) Suelo urbano y segregación residencial. Hacia una agenda de integración social para zonas centrales metropolitanas chilenas. En: Ciudades: Revista del Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid, 18 (1), p. 197-213.

Marcuse, P. (2002) Enclaves yes, ghettos no: Segregation and the State. Paper presented at a Lincoln Institute of Land Policy course titled "International Seminar on Segregation in the city", held from July 26-28, 2001.

Massey, D; Denton, N. (1988) The dimensions of residential segregation. En: Social Forces, 67 (2), p. 281-315.

Ministerio de Desarrollo Social, Observatorio Social, Encuesta CASEN. [en línea] observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/casen/casen_obj.php

Ministerio del Interior, Sistema Nacional de Información Municipal SINIM. [en línea] http://datos.sinim.gov.cl/ficha_comunal.php

Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Observatorio Habitacional. [en línea] www.observatoriahabitacional.cl

Molina, M; Romero, H. y Sarricolea, P. (2009) Características socioambientales de la expansión urbana de las áreas metropolitanas de Santiago y Valparaíso. En: Hidalgo, R; De Mattos, C; Arenas, F. (eds.) Chile: del país urbano al país metropolitano. Instituto de Geografía, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Molinatti, F. (2013) Segregación residencial e inserción laboral en la ciudad de Córdoba. En: Revista EURE, 39 (117), p.117-145.

Morenoff, J; Sampson, R. y Raudenbush, S. (2001). Neighborhood inequality, collective efficacy, and the spatial dynamics of urban violence. En: Criminology, 39 (3), p. 517 -560.

Ortega, T. (2014) Criminalización y concentración de la pobreza urbana en barrios segregados: Síntomas de guetización en La Pintana, Santiago de Chile. En: Revista Eure, 40 (120), p. 241-263.

Ortiz, J., Escolano, S. (2013) Movilidad residencial del sector de renta alta del Gran Santiago (Chile): hacia el aumento de la complejidad de los patrones socioespaciales de segregación. En: Revista EURE, 39 (118), p. 77-96.

Rasse, A. (2015) Juntos pero no revueltos: procesos de integración social en fronteras residenciales entre hogares de distinto nivel socioeconómico. En: Revista EURE, 41 (122), p. 125-143.

Reyes, S. y Figueroa, I. (2010) Distribución, superficie y accesibilidad de las áreas verdes en Santiago de Chile. En: RevistaEure, 36 (109), p.89-110.

Roberts, B. (2004) From marginality to social exclusion: From laissez faire to pervasive engagement. En: Latin American Research Review, 39 (1), p. 195-197.

Rodríguez, A. y Sugranyes, A. (eds.) (2005) Los con Techo. Un Desafío para la Política de Vivienda Social. Ediciones Sur, Santiago de Chile.

Rodríguez, A. y Wincherter, L.(2004) Santiago de Chile: una ciudad fragmentada. En: De Mattos, C; Ducci, M; Rodríguez, A. y Yáñez, G. Santiago en la globalización ¿una nueva ciudad? Ediciones Sur: Santiago de Chile.

Rodríguez, J. (2007) Segregación residencial, migración y movilidad espacial. El caso de Santiago de Chile. En: *CadernosMetrópole*, Volume 17, p. 135-168.

Rodríguez, J. (2012) ¿Policentrismo o ampliación de la centralidad histórica en el Área Metropolitana del Gran Santiago? Evidencia novedosa proveniente de la encuesta Casen 2009. En: *Revista Eure*, 38 (114), p.71-97.

Rosembaum, J. (1995) Changing the geography of opportunity by expanding the residentialchoise: Lessons from the Gautreaux program. En: *Revista Housing Policy Debate*, 6 (1), p. 231-269.

Rosembaum, J; Reynolds, L. yDeluca, S. (2002). How do place matter? The geography of opportunity, self efficacy and look inside the black box of residential mobility. En:*HousingStudies*, 17 (1), p. 71-82.

Sabatini, F. (2000) Reforma de los mercados de suelo en Santiago, Chile: efectos sobre los precios de la tierra y la segregación residencial. En: *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 23 (77), p. 49-80.

Sabatini, F. (2003) La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina, Documentos del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Serie Azul N° 35, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Sabatini, F., Cáceres, R. (2004) Los barrios cerrados y la ruptura del patrón tradicional de segregación en las ciudades latinoamericanas: el caso de Santiago de Chile. En *Los Barrios Cerrados en Santiago de Chile: entre la exclusión y la integración social*, Lincoln Institute of LandPolicy, Santiago.

Sabatini, F; Cáceres, G. y Cerda, J. (2001) Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. En: *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 27 (82), p. 21-42.

Sabatini, F; Cáceres, G; Sierralta, C. y Robles, M. (2010) La segregación residencial en las 5 ciudades chilenas según las estadísticas censales: tendencias y giros. En Sabatini, F; Salcedo, R; Wormald, G. y Cáceres, G. (eds) *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas. Análisis Censal 1982-2002*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas de Chile, Santiago de Chile.

Sabatini, F; Rasse, A; Mora, P. y Brain, I. (2012) ¿Es posible la integración residencial en las ciudades chilenas? Disposición de los grupos medios y altos a la integración con grupos de extracción popular. En: *Revista EURE* 38(115), p.159-194.

Sabatini, F; Salcedo, R. (2007) Gated communities and the poor in Santiago, Chile: functional and symbolic integration in a context of aggressive capitalist colonization of lower-class áreas. En:*ousingPolicy Debate*, 18 (3), p. 577-606.

Sabatini, F;Valadez, L. yCáceres, G. (2015)Viejos pero buenos barrios populares, o cuando la antigüedad no es decadencia. Un caso de gentrificación sin expulsión en Pudahuel, Santiago de Chile. En: Ramírez, P. (ed.) *La reinención de la vida pública ciudadana. Ciudad, diversidad cultural y conflicto urbano*. Porrúa, México.

Sabatini, F., Wormald, G. (2013) Segregación de la vivienda social: reducción de oportunidades, pérdida de cohesión. En: Sabatini, F; Wormald, G. y Rasse, A. (eds.) Segregación de la vivienda social: ocho conjuntos en Santiago, Concepción y Talca. Colección Estudios Urbanos UC, Santiago, Chile.

Sabatini, F; Wormald, G. y Salcedo, R. (2008) Barrios en crisis y barrios exitosos producto de la política de vivienda social en Chile. Informe Técnico Final PBCT Anillos en Ciencias Sociales, CONICYT.

Sabatini, Wormald, Sierralta, Peters (2010) Segregación residencial en Santiago: Tendencias 1992-2002 y efectos vinculados con su escala geográfica. En: Sabatini, F; Salcedo, R; Wormald, G. y Cáceres, R. (eds.) Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas. Análisis Censal 1982-2002, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas de Chile, Santiago de Chile.

Salcedo, R; Rasse, A. y Cortés, A. (2013) Del proyecto colectivo al aislamiento: la desaparición de la noción de barrio. En: Sabatini, F; Wormald, G; y Alejandra Rasse (eds.) Segregación de la vivienda social: Ocho conjuntos en Santiago, Concepción y Talca. Colección Estudios Urbanos UC, Santiago, Chile.

Sampson, R. (2004) Neighborhood and community collective efficacy and community safety. En: *New Economy*, 11 (2), p. 106-113.

Sampson, R. (2009) Disparity and Diversity in the Contemporary City: Social (Dis) Order Revisited. En: *British Journal of Sociology*, 60 (1), p. 1-31.

Sampson, R. (2012) *Great American City. Chicago and the enduring neighborhood effect.* The University of Chicago Press, Estados Unidos.

Sampson, R., Morenoff, J., Gannon-Rowley, T. (2002) Assessing Neighborhood effects: Social processes and new directions in research. En: *Annual Review of Sociology*, vol. 28, p. 443-478.

Sampson, R., Raudenbush, S. (2004) Seeing disorder: Neighborhood stigma and the social construction of "Broken Windows". En: *Social Psychology Quarterly*, 67 (4), p. 319-342.

Sanhueza, C. y Larrañaga, O. (2007) Residential Segregation Effects on Pooors Opportunities in Chile. Serie Documentos de Trabajo N° 259, Departamento de Economía, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Sanhueza, C. y Larrañaga, O. (2008) Las consecuencias de la segregación residencial para los más pobres. Observatorio Económico N°19, Facultad de Economía y Negocios, Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile.

Saraví, G. (2006) Nuevas dimensiones de la pobreza en América Latina: acumulación de desventajas y biografías de exclusión. En: *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina.* CIESAS, Prometeo, Buenos Aires.

Schelling, T. (1978) *Micromotives and microbehaviors.* George Mc Leod Editors, Toronto, Canadá.

Segovia, O. (2005) Habitar en conjuntos de vivienda social: ¿Cómo construir identidad, confianza y participación social? En: Rodríguez, A. y Sugranyes, A. *Los con techo. Un desafío para la política de vivienda social.* Ediciones Sur, Santiago de Chile.

Sierralta, C. (2010) Efectos de la segregación residencial socioeconómica en los jóvenes de

extracción popular en Santiago de Chile (1992-2002). En: Sabatini, F; Salcedo, R; Wormald, G. y Cáceres, G. (eds.) Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas. Análisis Censal 1982-2002. Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto Nacional de Estadísticas de Chile, Santiago de Chile.

Soto, N. y Sierralta, C. (2013) “El baile de los que sobran”: Segregación residencial, oportunidades y jóvenes en Santiago de comienzos del siglo XXI. En: Sabatini, F; Wormald, G. y Rasse, A. (eds.) Segregación de la vivienda social: ocho conjuntos en Santiago, Concepción y Talca. Colección Estudios Urbanos UC, Santiago de Chile.

Szwarcward, C; Tavares de Andrade, C. y Bastos, F. (2002) Income inequality, residential poverty clustering and infant mortality: a study in Rio de Janeiro, Brazil. En: Social Science and Medicine, 55, p. 2083-2092.

Tocornal, X; Tapia, R. y Carvajal, Y. (2014) Delincuencia y violencia en entornos residenciales de Santiago de Chile, Revista de Geografía Norte Grande, 57, 83-101.

Valenzuela, N. (2012) Combatir la Desigualdad Mediante Las Políticas de Vivienda y Ciudad. Lecciones de la gestión de vivienda económica subsidiada aplicadas a la reconstrucción. Tesis de Tesis magíster, Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Valenzuela, J.P; Bellei, C. y De los Ríos, D. (2010) Segregación Escolar en Chile. En: Martinic, S., Elacqua, G. (2010) ¿Fin de ciclo? Cambios en la gobernanza del sistema educativo. Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Facultad de Educación, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Wacquant, L. (2001) Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad en los comienzos del milenio. Manantial, Buenos Aires.

Wacquant, L. (2007) Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y estado. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

Wormald, G; Flores, C. y Rasse, A. (2013) Segregación residencial, acceso a oportunidades sociales y vulnerabilidad a la pobreza en la Región Metropolitana de Santiago. En: Sabatini, F; Wormald, G; y Alejandra Rasse (eds.) Segregación de la vivienda social: Ocho conjuntos en Santiago, Concepción y Talca. Colección Estudios Urbanos UC, Santiago, Chile.

Zunino, H. e Hidalgo, R. (2009) Las políticas de vivienda en el Chile neoliberal: efectos socioespaciales y relaciones de poder en el caso del área metropolitana de Valparaíso y su periferia. En: Hidalgo, R; De Mattos, C. y Arenas, F. (eds.) Chile: del país urbano al país metropolitano. Colección EURE-Libros, Santiago, Chile.